

FOSSIER, ROBERT. LA INFANCIA DE EUROPA. ASPECTOS  
ECONOMICOS Y SOCIALES  
2/ ESTRUCTURAS Y PROBLEMAS.  
BARCELONA, LABOR, 1984.

4/741 30 copias

## CAPÍTULO VII

### ¿Qué es la ciudad?

El lector se habrá dado cuenta, y a lo mejor se ha indignado por ello, de que la ciudad sólo aparece de refilón en lo que precede: señorios, intercambios, estructuras de la vida de cada día se han examinado en especial bajo una óptica rural, campesina. No se trata de una predilección personal, que por lo demás no escondo, ni de que las fuentes sean pobres, puesto que más bien ocurre al revés, sino porque sostengo que la ciudad antes de 1200 es un cuerpo extraño, un quiste, una malformación en la sociedad medieval y que, lo mismo que el feudalismo o el oro, hay que estudiarla como una excepción. Cualquiera que sea la importancia que tuvo después de 1300, o incluso un poco antes, como espejo del mundo, en la sociedad de orden es un escándalo, una anomalía en la economía «feudal», un foco de perturbación en la obra divina. Sin embargo, existe, Hércules en su infancia: no hay más remedio que hablar de ella, haciendo el esfuerzo, nada fácil, de no proyectar en sus primeros tiempos medievales algo de lo que sabemos de más adelante.

#### A) DEFINICIONES Y ESTRUCTURAS

Para empezar, un postulado que lleva la marca de la triunfante burguesía del siglo XIX: la ciudad es la libertad y, por consiguiente, el progreso. Desde Augustin Thierry a H. Pirenne, las «demostraciones urbanas» o el comerciante emancipado se oponen a la opresión nobiliaria y al oscurantismo clerical; es necesario demostrar por encima de todo que ahí radica el foco de cualquier novedad,

y tender, a pesar de la falta de verosimilitud, un puente entre los tiempos oscuros y el despertar indiscutible, entre el V y el XII, incluso como W. Schiesinger en una Alemania que está naciendo apenas, una *Kontinuitätsfrage*, incluso como A. Gieysztor en una Polonia que el hombre roza sólo ligeramente. Reacción sorprendente, el marxismo utiliza idéntico camino: en el «feudalismo», el elemento servil, que consigue gracias al artesano aspirar un excedente de la producción agrícola, hace de la ciudad un foco de oposición al poder señorial y debilita sus cimientos.<sup>1</sup> Una nueva humanidad se emancipa en ella de la hieratocracia: el *homo oeconomicus* desarrolla ahí su razón y adquiere sus primeros derechos políticos. Más o menos apreciada, la libertad se ha creado ahí, dejando al campo los beneficios ilusorios de la paz, idea de Iglesia, y de la Ley, idea de dominación. En resumen, la ciudad medieval, como dice C. Cipolla, es una especie de América pionera, una «frontera».<sup>2</sup>

Descripción atrayente de la ciudad, donde un hombre sobre diez se mueva, y muy adecuada para recordar la humildad al que se ocupa de los otros nueve. De acuerdo, no les regateemos la admiración, pero no será sin plantearnos muchos interrogantes.

1. Por de pronto, interrogantes de *definición*. Como los geógrafos actuales, los historiadores de la época medieval se agotan tratando de concretar el concepto urbano. A. Joris y Dupré-Teisider, entre otros, hace muy poco que lo han intentado ocupándose de dos zonas en las que el hecho urbano es patente para aquel momento, los Países Bajos e Italia.<sup>3</sup> La cantidad de habitantes, imposible de conocer, por lo demás, en estas épocas tan lejanas, no se plantea: tampoco el estatus jurídico, porque un mismo texto rige a la aldea y al municipio; tampoco el vocabulario: *milités* y *burgués* aparecen en todas partes; basarse en los intercambios o movimientos del dinero sería muy limitado; las vacas que pastan en la ciudad en el norte, las casas rurales de pisos en el Midi, alejan también la idea de un «paisaje». La muralla tanto limita el monasterio y el patio bajo del castillo como la ciudad; la especialización o la división del trabajo, que será característica del siglo XIV, parece ser más el efecto que la causa de la cohabitación urbana; el poder civil o religioso, las fuerzas armadas y la escuela no están tampoco allí. No hay, pues, nada que se pueda considerar como una base original de la ciudad, tanto en el sistema antiguo, politicamente, jerarquizada y todopoderosa como en el sistema actual: consumidora tiránica de toda clase de energías. Después de todo,

quizá san Agustín tenía razón cuando decía que la ciudad era *non muri sed mentes*, una manera de pensar más que una estructura. Si es así, serán necesarias muchas generaciones para conseguirla, muchos años o siglos de adolescencia los que me toca recorrer, y sería peligroso o pueril querer describir la ciudad medieval.<sup>1</sup> Por lo menos trataremos de contar los elementos.

En un conjunto de estudios cuyo mérito esencial es el de haber clarificado los problemas, trazado una tipología y dibujado unas siluetas más que haber pintado un fresco, Edith Eaman opone primero la ciudad antigua, cabeza de un territorio, sede de la autoridad, perímetro sagrado donde habita una población especial, a la ciudad «bárbara», en la que la importancia económica tiene más peso que todo lo demás.<sup>2</sup> Pasa luego a establecer una serie de elementos cuya combinación, en cantidades variables según las regiones, ha segregado lentamente del campo las características urbanas. Puesto que mi idea es revisar más adelante los grandes conjuntos urbanos que nacen en aquel momento, tenemos que decidirnos y clasificar estos elementos.

2. Casi en todas partes aparece en cabeza una *manifestación de la autoridad*: a nivel real o de la aristocracia local, depositada en manos de un obispo, o de un conde, se encuentra en el origen, no solamente de los privilegios concedidos al grupo ciudadano sino también en la formación o aparición inicial de este grupo. Esta situación, que a mi modo de ver no se pone suficientemente de relieve, aparece tanto en Inglaterra como en el Imperio, en Castilla como en Italia o en Polonia. A veces, el poder está influenciado por un interés de tipo económico y fiscal; a veces, es porque reside allí mismo, con una abundante mesnada de guerreros y de domésticos que hay que albergar, vestir, alimentar o equipar. El artesanado, que en el campo se ve surgir en lugares dispersos como un puntecado, en la ciudad se concentra, y aúrea y dilunde el dinero, es el más antiguo y activo de los agentes de crecimiento, muy anterior, a mi parecer, al de los intercambios de largas distancias, que tiene un carácter externo. A ello podría añadir, en los puntos en que se manifiesta, el poder religioso o espiritual, el que emana de los cuerpos santos que alberga el santuario. Se puede incluso comprobar cómo se desplazan antiguos asentamientos, muy sólidos, hacia el palacio, la necrópolis o el tribunal: ciando, expresamente en confusión, Bonn, Winchester, Viena, Toulouse, Lieja o Pavía quizás haré comprender la universalidad de la intervención señorial.

En segundo lugar, situaré de buen grado los *alrededores campesinos*. También esta vez, aunque con matices más marcados, la ciudad debe casi todo al campo: una parte importante de los hombres que la poblarán, el elemento aristocrático que invertirá en ellas sus beneficios de las tierras, en torrones o en iglesias, en barcos o en mercados; no se puede ni imaginar la vida de la ciudad sin contar con el excedente de producción que canalizan los aldeanos: incluso en el siglo XIV, cuando hija indigna, la ciudad devorará al campo llano, la imagen del «buen gobierno» será, para Lorenzetti, la penetración de dos actividades: animales y pastos en plena ciudad, rústicos entrando y saliendo del recinto amurallado, mercado en la línea de contacto entre la tierra urbana y la tierra rural, este límite más o menos alejado de las murallas donde ya no se está bajo la influencia urbana, «quinta» de cinco leguas, o «septena» de siete en Aquitania o en el Berry. Por lo demás, la característica de topografía urbana que acabo de citar, esos huertos o esos pedazos de tierra cultivados en pleno tejido urbano, *prata urbanorum* de Canterbury desde el siglo IX, Cornhill de Londres en el siglo XI, *ortus magnus* de Salerno y muchos otros ejemplos de Génova (958), Brema (1159), Saint-Omer en Oidenburgo tuvieron en la unidad ciudadana el mismo papel que las *communia* en el campo: «son las *pascua communitaria*, la parte propiamente agrícola de la vida urbana.

Ha llegado el turno a los *comerciantes*. Me parece que su importancia, que siguiendo a Pirenne se exageró, a pesar de que más tarde se matizara algo, no puede concebirse sin las dos etapas anteriores. ¿Cómo podría subsistir un *wik*, un *portus*, un *emporium* en una playa sin una clientela que se interesara por los productos raros que no podían encontrarse en la aldea? ¿Cómo podría desarrollarse un *burgus*, un *pagus mercatorum*, anejo a un centro religioso o político, sin un encuadre de artesanos, inmigrados, instalados definitivamente o sin protectores armados? No tiene sentido común. Desde luego, podemos conceder a Pirenne que la actividad monetaria y el estatuto de protegidos preferentes hicieron que el grupo de mercaderes fuera la punta de lanza del dinamismo urbano, el símbolo de la lucha contra la arbitrariedad local o contra el poder de la gran propiedad territorial, los campeones de la «democracia», los *optimus cives*, los *meliores*, pero ¿qué habrían sido sin el príncipe, el obispo o el curtidor?

Por último, nos encontramos con el *núcleo militar*. No porque aparezca el último: lo mismo que decíamos de la intervención pública será —prácticamente en todas partes— el núcleo antiguo,

## B) LAS GRANDES ZONAS URBANAS

La historiografía urbana es rica; ordenarla plantea al historiador un arduo problema de presentación, ya que la diversidad es tanta que parece desafiar la síntesis. Por lo tanto, la clasificación que seguirá tendrá un aspecto algo artificioso. En cambio, exceptuando la faz atlántica del continente, también en este caso poco en ejemplos utilizables, toda Europa cristiana ha sido investigada, y abundan desde hace ya cien años las monografías, aunque muy a menudo excesivamente centradas en los siglos XIV y XV. Creo que se pueden distinguir dos grandes zonas muy contrastadas: la parte más romanizada del continente, Italia, litoral mediterráneo, valle del Ródano, del Garona y, eventualmente, del Loira. La otra, donde la romanización no se completó o no existió, parte franco-germánica, desde el Loira al Weser, excluyendo el litoral marítimo. En el interior de cada una de estas masas, será conveniente hacer un corte vertical de naturaleza casi «política», pero quizá precisamente una de las causas de esta cesura serán las desigualdades de estructura: Italia, Alemania, deben aislarse de las partes «francicas» u «occitanas». Rodeando esta masa, la zona marítima saxoescaandinava, que engloba Frisia, norte de Alemania, y ofrece características determinadas; en unas condiciones completamente distintas, el mundo de los eslavos del norte por un lado, la unidad ibérica por el otro, durante largo tiempo fuera de juego, y que por lo tanto no se adaptan a los esquemas clásicos. No tenemos ya más que buscar eventuales rasgos comunes, que si no permiten esbozar la ciudad del siglo XI, lo que ya dije que era irreal, subrayarán, por lo menos, la originalidad de las vidas ciudadanas frente al mundo del campo.

1. *Italia*. Es prácticamente inevitable empezar por la patria de la *Urbis*, porque en ella es donde la vida urbana es más rica, más antigua y más conocida. No se trata de empezar por lo más fácil, primero porque la historiografía italiana, hasta los diez últimos años, ha olvidado casi constantemente el indispensable estudio, en contraposición, del campo, y en segundo lugar, porque la extraordinaria variedad de los casos y la falta casi total de fuerzas dominantes dejan poco lugar a la síntesis. Voy a tratar, sin embargo, de poner en orden las cuestiones esenciales.

a) Por de pronto, la de la *continuidad*. No faltan creaciones medievales surgidas de una voluntad coyuntural como Troia (1015),

*castrum* romano o bárbaro, monasterio o grupo catedralicio fortificado, «burg» o «castro» donde residirán los guerreros, los vasallos reales o los mismos condes. Pero en sí, esto no es el germen inevitable de una ciudad, puesto que encontramos lo mismo y con las mismas palabras en pleno campo. El único problema que plantea, en el desarrollo urbano, la presencia de un punto fortificado, y no hay duda que es un problema fundamental, es el del papel que tuvo la inseguridad de los siglos IX y X en la concentración de la población alrededor del burgo o del *castrum*. Diciéndolo en palabras más «clásicas», ¿las «últimas invasiones» tuvieron influencia en el desarrollo de las ciudades medievales? Hay que reconocer que las respuestas, poco parecidas, incluso irreconciliables todavía, dependen de investigaciones en curso. La casi totalidad de los historiadores de la vida del campo contestan que «no»: el *incastellamento* italiano, la reorganización catalana o languedociana no son el resultado de las algaradas sarracenas. En Provenza fueron únicamente un freno, que durante un tiempo más largo impidió el descenso hacia la llanura. En el Imperio, los húngaros tampoco paralizaron el campo. Y a pesar de los prejuicios tenaces, los normandos parecieron haber contribuido a despertar el norte de la Galia más que a hundirla. Se contesta entonces que la ciudad atraía y sufrió más, lo que se podría discutir. Ya Robert Latouche había intuido los aspectos positivos, en último término, de esta sacudida: más recientemente, L. Musset me parece que ha sabido presentar el resultado preciso de la inseguridad y los ataques exageradamente sombríos, por lo menos en lo que se refiere a los moros y a los vikingos: una reorientación del crecimiento urbano, por de pronto en función de las exigencias de los piratas, «nuevos trazados de caminos, una simplificación al reagrupar los elementos internos de las ciudades precarolingias, con construcción de murallas alrededor del núcleo más amenazado que encerraba el monasterio y los talleres». En cuanto a la oleada de refugiados tal y como los describen los cronistas para el siglo X, en Angers o Amiens, no tenemos razón alguna para creer que se convirtió en instalación fija. Y en lo que a mí respecta, me inclino a creer que, en los inicios del despertar urbano, no hay que conceder al episodio normando más importancia que la de reforzar el antiguo aparato militar y acrecentar el poder local del que lo poseía.

Lecco (1042), Alejandria (1168), y otras formadas lentamente, como Fabriano (1010), Macerata (1022), o también nacidas del desplazamiento de un asentamiento abandonado: Manfredonia nacida de Siponto, Massa Maritima de Populonia, Ferrara de Commachio; pero son excepciones de la regla: colonias, municipios o *castra* antiguos, de todas épocas, anteriores al 600, están en el origen de las otras y con una densidad sin ejemplos fuera de la península, excepto quizás en Provenza. Se impone, a pesar de todo, una corrección: si, como dice Y. Renouard, la ciudad italiana conserva su cinturón de murallas de los tiempos antiguos, así como sus construcciones públicas y su poder centralizado, vinculándose sin solución de continuidad al Bajo Imperio, en cambio, ¡cuántos cadáveres siembran su suelo! <sup>12</sup> Un cementerio de ciudades, dice Sestini hablando de Italia central y meridional, cuyo menor ocupante no será precisamente el enorme y molesto esqueleto de Roma. <sup>13</sup> En medio de estos decorados en andrajos, gigantescos y abrumadores, nos podemos preguntar si las *civitates* de Milán o Pisa no tuvieron más mérito al «resistir» que un puñado de frisones abandonados en medio de las desiertas marismas. No olvidemos, por lo menos, que la resurrección urbana medieval de Italia no es una insurrección, sino una adaptación hacia el mundo feudal. <sup>14</sup> Observemos también que esta continuidad es evidentemente la clave de una precocidad que difícilmente se encontraría en otras partes.

b) El segundo problema se relacionaría con la *autoridad pública*, y tampoco puede presentarse sin matizar. Pasado el siglo IX, esta autoridad está por los suelos; el *regnum Italiae* es una ficción, incluso en Lombardia; los descendos alemanes son desastres permanentes, en especial más allá del Apennino. Únicamente los normandos, y en realidad solamente en Sicilia, conseguirán hacerse de nuevo con la autoridad. Italia, y no solamente la del Quattrocento, es el país de la ciudad-Estado. En cambio, aparece un rasgo muy claro en el período que nos interesa: este poder, este Estado, es poder de Iglesia. El obispo es el que ostenta el principal papel: incluso se le observa, como en Pisa y Milán, aceptando el juego de la emancipación urbana; <sup>15</sup> resistirá durante mucho tiempo a la presión de otros elementos de la ciudad: él, o sus *seneschalchi*, sus *gastaldi*, poseen las finanzas y a menudo el castillo (en Siena, todavía en 1095). Se ha hecho observar que al multiplicar las inmunidades eclesiásticas en la *cité* (ciudad antigua o fortificada) y también en los inmediatos alrededores de la ciudad nueva, el *distretto*, lo que en el norte se llamará *banlieue* (arrabales), poco a poco se ha ido dejando de lado al conde o al marqués. Hasta el punto de

que la expresión misma de condado «contado», acabará por designar, en el *honor*, únicamente el campo. <sup>16</sup> En cambio, en la misma ciudad, el representante del conde, *vizeconde*, *vilain*, *avoué*, está estrechamente vigilado por el prelado y se ha dicho insistentemente que esta situación, en especial en el norte de Italia, se explica en gran parte por la presencia en las sedes episcopales de prelados, nombrados en el siglo X o en el XI, por los emperadores germánicos, muchas veces ellos mismos de origen alemán, y cuya autonomía había que reforzar frente a los *potentes* locales. Los *vizecondes*, parientes del obispo o sus agradecidos, como en Cremona o en Génova antes incluso del año 1000, tienen una clientela numerosa de vasallos: *milites majores*, con perfecta capacidad para controlar el *pueblo urbano*, *capitanei plebium*, y también con capacidad para tomar en *precario*, o de otra forma, las tierras fiscales del *distretto*. Ya a partir de 967, y más tarde en 1014, 1018, el marqués de Toscana va cediendo así las tierras próximas al Arno en Florencia. No se tiene tampoco la impresión de que la posible indignidad del obispo pueda hacer vacilar su poder: el pueblo conspira contra el obispo en Módena desde 891, desde 897 en Turín, 924 en Cremona, sin hablar del largo y sangriento intermedio de la Pataria Milanesa <sup>17</sup> que conseguirá debilitar, aunque muy ligeramente, la autoridad archiepiscopal. Como máximo, se dirá que se ha limitado esta autoridad bajo la rudimentaria forma de la curia comunal, organismos de control jurídico de la actividad vicarial o episcopal, y nacidos tempranamente en Lombardia, 1030 en Cremona, 1044 en Milán, 1070 en Plasencia, antes de 1105 en Asti, Bologna, Parma, Verona, algo más tarde en Toscana, 1060 en Lucca, 1080 en Pisa, 1090 en Arezzo y 1125 en Siena; en cierta manera, el Breve de 1156 del marqués Alberro Malaspina para Génova puede relacionarse de este movimiento. Esta situación se mantendrá mucho más tiempo que en otros lugares de Europa: en cualquier caso, hasta la gran ofensiva de Barbarroja contra las libertades urbanas en la segunda mitad del siglo XII. En este momento, los otros elementos dinámicos de la ciudad considerarán más expeditivo separar al prelado de la fuerza militar o de la justicia (1163 en Pisa, por ejemplo), como hará el rey normando, en el mismo momento, en sus estados. <sup>18</sup>

c) La larga indiferencia de los historiadores italianos hacia el «contado» es aún más sorprendente, puesto que el tercer rasgo general de la historia interna de las ciudades italianas es la importancia que tiene, dentro de las murallas, la *aristocracia territorial*. En un reciente libro, pero cuyos ejemplos por desgracia son poste-

riores a nuestro período, J. Heets pone en claro la fuerza de estas *consorterie* gentilicias con ramas semirurales y semiurbanas, que mientras continuaban siendo dueñas de importantes tierras en el campo, tienen en la ciudad sus torreonas, su iglesia patronal y, naturalmente, sus favorecidos, sus hombres de armas y sus vasallos.<sup>19</sup> Casi todas las ciudades italianas conocieron, de esta suerte, en particular en el siglo XI, una auténtica invasión de la ciudad por las «casas» (familias) (*case, alberghii*) rurales. La variedad de casos es abundante y puedo presentar algunos ejemplos: en Venecia son, según parece, los *tribuni* de las islas del litoral, los *primati* de Terra Ferma, los que formaron en el Rialto, desde 900 o 920, el primer núcleo de población aristocrática entre la que se elegía el duque; fueron las *case* más antiguas, los Foscari, los Contarini, los Morosini, los Orseolo, los Giustadini, y algunos *nuove* que llegaron un poco más tarde, los Ziani, los Barbarigo.<sup>20</sup> En este caso, los beneficios de la tierra alimentaron inmediatamente la actividad mercantil y monetaria. En Milán, la aristocracia parece ser de origen más cercano a la función pública: los Visconti, los Gonalonieri, como lo indican sus *cognomina*, son oficiales imperiales, y la misma situación se encontraría en Siena con los Buonsignori, los Tolomei, los Salimbene, e incluso en Génova con los di Castro, los Della Volta.<sup>21</sup> Así y todo, predominan casi en todas partes las familias de aristocracia territorial, tanto de ascendencia militar, pero *casati* (Ripafratta, Orlandi o Gaetani de Pisa, Guidi y Ubaldini de Florencia, Embriaci de Génova, Pierleoni de Roma), o alodiales más o menos auténticas: Grimaldi y Pieschi en el Apenino ligure, Alberti de Prato, Malaspina de Parma, Aldobrandeschi de Oriveto, Frangipani del Trastevere romano, Buondelmonti de Florencia, Gallerani de Siena, etc. Se ha calificado como «clase de gobierno» a este grupo compacto de nobles, entre los que se tejen todos los bienes pado, con la fuerza de su unidad de medios de acción militar y económica en la ciudad.<sup>22</sup> Se sabe también que la construcción de «torres nobles», aunque no sea únicamente de Italia urbana, ha sido en ella sistemática: se contaban en 1180, en Florencia, 135, repartidas entre 30 familias, que a su vez se agrupaban en 7 unidades. En Pisa, a base de 12 *case*, se debió de llegar a 60 torres por lo menos; un tiempo antes, en Verona se aseguraba que se habían llegado a contar varios centenares, lo mismo que en Bolonia.<sup>23</sup> Aunque, desde luego, no tuvieron más papel que dar prestigio: fue necesario, después de 1140, limitar la altura o la proliferación: en 1143, en Génova, se limitó la altura a 80 pies; en 1144, en

Roma, se mandó derruir algunas; en 1177, en Bolonia, las ventas por partes, entre *socii*, permitían evitar que se dispersaran entre herederos. En 1191, en Pistoia se limitaron las ventas. Así y todo, asentada tanto en el contado como en la ciudad, la aristocracia pudo captar en provecho propio los esfuerzos, ya visibles al principio del siglo XI, de los *burgensi* para implantarse en el campo. Los *populares*, encargados en el campo de la administración de los bienes adquiridos por la gente de ciudad, se transformaron bastante rápidamente en dependientes de los *capitani* locales. Algunos poderosos incluso se opusieron, de una manera casi irreductible, a la penetración de los habitantes de la ciudad: así los Este, los Monteferrato, los Malaspina. También es verdad que el acceso a las ciudades a veces será difícil o peligroso: y la condesa Matilde de Canossa casi no podía entrar en Mantua o en Ferrara.

d) El *núcleo de mercaderes* constituye el cuarto motor del despertar urbano, pero, como puede verse, muy por detrás de los anteriores, y por desgracia, como era de esperar, su aparición en los textos es tardía: así y todo, los mercaderes parece que se agrupan muy rápidamente y se hicieron fuertemente solidarios. No podría explicarse de otra forma la expansión brusca de las flotas de Génova y Pisa, la fortuna de los Pantaleoni de Amalfi o los barrios italianos de Bizancio, hechos todos que hay que incluir entre 980 y 1050, si no existiera una prehistoria mercantil que los justifique. Se sabe poco de todo esto en realidad: es verdad que los vínculos que tienen algunos con la aristocracia territorial, como los Della Volta o los Embriaci de Génova, podrían explicar en estos casos la procedencia del dinero invertido en el armamento, tal y como se hace en Venecia. También la ocupación, bastante temprana en la ciudad, de las puertas de la muralla por los *popolari* vinculados a una pequeña aristocracia militar, podría dirigir la investigación hacia la «familia» *chiasée* de las grandes «casas». La palabra *curiales* utilizada en Nápoles, hasta la época normanda, para designar a los mercaderes, nos hace también pensar en empleos semipúblicos. También podríamos preguntarnos sobre el origen de estos «hombres nuevos», que se aceptan mejor mientras menor es la autoridad episcopal, correspondiendo quizás a una deficiencia del personal de la *familia* noble.<sup>24</sup> Pero, en realidad, la aparición del *populus*, de los *cives* y, en particular, de los comerciantes, no se observa durante mucho tiempo más que a través de las exigencias fiscales de la aristocracia local, como el impuesto sobre los barrios mercantiles de Verona (967), Asti (969), Parma (981), o las *Honorantiae* de Pavia hacia 1020, que habla de medidas y monedas, o

también, a través de las asambleas o sugerencias de la *Universitas civium*, como en Génova (958), Cremona (996), Savona (1059), Lucca y Pisa (1081). En esta última fecha, nuestras fuentes son suficientemente numerosas como para que se pueda presentar una idea general, antes de que se sitúen definitivamente los elementos diversos de una organización municipal.

e) Lo que primero salta a la vista es la *extensión territorial* y la reestructuración interna de la ciudad. Sería monótono multiplicar los ejemplos; la aparición de *borghi* más allá de la muralla romana o lombarda es la característica común, en el mismo momento en que se produce en la ciudad vieja la fusión del núcleo catedralicio y de la parte fortificada: en Génova, esta etapa se realiza en 952, pero el borgo S. Siro, que se desborda por el noroeste hasta el final de la bahía, no se incluirá hasta 1155-1156; el palacio comunal está yuxtapuesto al muro detrás del cual se levanta San Lorenzo; en Pisa los *borghi* se incluirán todos hacia 1132; Chiusca al otro lado del Arno, Fuoripinta al este, y al oeste el Ponte, con el grupo catedralicio que queda fuera de la ciudad romana. En Florencia se conoce con más precisión el desarrollo de los barrios alrededor de mercados locales, S. Lorenzo (x), S. Miniato (1014), Oltrarno (1070), Santos Apóstoles (1075), fuera muros S. Pedro (1090); todo el conjunto, excepto S. Miniato, se incluyó en la muralla en 1176. La situación es algo distinta en Nápoles porque, tras el establecimiento de un estrecho control nort-mando, en 1140, la aristocracia levantó las dos fortalezas del Castel Capuano y del Castel dell'Uovo para bloquear hacia el norte y hacia el sur la expansión de los barrios populares que se consideraban peligrosos.<sup>26</sup>

En el interior de estas murallas nuevas la característicar más notable es la clara *división de la población*: a pesar de la variedad de expresiones para designarlos localmente, o de la fuerza más o menos grande de los vínculos de dependencia económicos o familiares que los encierran en sus mallas, los hombres se agrupan en tres unidades bastantes claras: los *nobiles*, *sapientes*, *hereditarii*, *majoris*, *magnati*, *consules* y *primores*, que poseen el poder militar y una gran parte del numerario para participar directamente en las ciudades marítimas, en el armamento naval y en el comercio. El desarrollo de estas ciudades marítimas ofrece verdaderamente mucho interés: rivales durante toda su historia, Pisa y Génova lo fueron en especial en su fuerza interna: rivales, es decir comparables e inconciliables: en cada una de ellas el grupo de los armadores y los comerciantes, apoyándose en un *Parlamentum civitatis* tan dócil

como inútil, consiguió negociar, con el episcopado o con las *consorterie* aristocráticas, la formación de una comunidad, que se llama *compagnia* en Génova y tiene por misión asegurar la tranquilidad en la ciudad y los negocios en el mar. En Pisa, con el consentimiento del emperador, en 1132, los poderosos forman aun lo esencial de los grupos de hombres de negocios, y en Génova nos encontramos a los Embriaci y a los Della Volta como cónsules, ya desde 1102-1110. Al prestar juramento, en 1188, en una expedición contra Génova, se cuentan entre los pisanos 54 familias rurales nobles que intervienen en el armamento. El grupo de mercaderes y artesanos tardó más o menos en comportar con este primer y antiguo grupo: *mediani*, *negociatores*, *curiales*, *bonhomines* pudieron constituir desde muy pronto las compañías y agrupaciones más dinámicas; en cambio, el reconocimiento de los *arri* fue muy lenta, como ya dije anteriormente, inexistente en Venecia y posterior a 1160 o 1190 en Pisa; más tarde, su introducción en el cuerpo consular se hizo relativamente rápida; Génova parece que fue la que dio el ejemplo más precoz, ya desde 1099.<sup>27</sup> En el interior, la situación fue muy distinta: en el siglo x, las *Honorantiae* de Pavia ya ciudadas demuestran que la aristocracia local tiene en la ciudad una importancia esencial en el desarrollo de los intercambios y en la protección de las agrupaciones gremiales; es verdad que, única «capital» reconocida en Italia, Pavia conserva en su seno rudimentos de una organización que ninguna otra ciudad tiene en aquel momento: una *curia municipalis*, un *palatium* encargado de las cuestiones de justicia, etc.; la población de las *cives* ha conservado también la costumbre de la *arenigo* general, asamblea popular en la que seguramente se limitan a criticar al obispo o al vizconde, pero que el episodio de la Pataria de Milán en el siglo xi demuestra que podría alzarse hasta el nivel de un órgano de gobierno. En cambio, en Milán la división es muy clara: los artesanos del hierro son los dueños de las puertas, y los *primores*, la aristocracia, de los castillos y las torres. Entre 1081 y 1097 cada uno tiene sus cónsules que hablan en su nombre en la *arenigo*, pero el principio de elección de un consejo cerrado de estos representantes, no se consigue hasta después de 1137, y pasado el trágico episodio de la destrucción, hasta 1176 únicamente.<sup>28</sup> En Florencia el aspecto es distinto, típico esta vez del gran burgo rural origen de la ciudad del Arno: los vínculos con el *condado* tienen aquí primacía, y cuando, en 1090, los *ministeriales* y los *cives* intentan un tratado, es para extender al vecino *condado* un impuesto general; por lo demás, las *vicianze* que se observan en la ciudad como «círculos de ve-

«cinos» tienen todas un programa rural, explicable para la aristocracia pero sorprendente si se trata de artesanos. En 1125, los consules de ambas procedencias forman una *commune* que se arma, *commune militum et pedatum*, para ir a la colina vecina a someter y destruir Fiesole, cuyo antiguo prestigio daña al desarrollo de la ciudad. Sin embargo, no existe reglamento general antes de 1138, ni privilegio —imperial— antes de 1154, en que la ciudad recibe la jurisdicción sobre el condado. Así y todo, existe una aproximación muy clara entre los linajes que continúan «rurales» (Alberti, Guidi) y los que se enriquecen en la ciudad (Pazzi, Ubaldini).<sup>29</sup> Hay que exceptuar, sin embargo, el caso de Venecia: monstruosa en todos los sentidos, la ciudad de la laguna conoció un destino del que ya dijimos algo; evidentemente, desde 950 o 960 aparece ya un consejo rudimentario, pero después de 1035 solamente actúa en él una estrecha aristocracia que todavía se cerrará más después de 1109; con lo que podría considerarse como la ciudad italiana emancipada más precozmente; pero Venecia nunca fue un ejemplo.<sup>30</sup>

Respecto al *popolo*, que todavía no se califica de *minuto*, por el momento está controlado. A este respecto Italia es, por excepción, la más tardía: después de haber manifestado en pleno siglo x, y más tarde con la Pataria de Milán, su fuerza y su madurez, el *populus* vuelve a caer bajo el dominio de los ricos y los fuertes: un sobresalto en Nápoles en 1155, en el mismo momento del episcopado de Arnaldo de Brescia en Roma o del rescoldo de la herejía valdense, las bandas de *uniliati* de Lombardia; las violentas predicaciones de los ermitaños que aparecen en la ciudad, mostraba únicamente a quien hubiera querido verlo que el fuego no estaba apagado. El siglo xiii lo demostrará ampliamente.

2. *El espacio occitano*. A falta de otra expresión más adecuada a la naturaleza de la cuestión planteada, utilizaré la que tiene el mérito de agrupar en una sola área, desde Narbona a Poitiers y desde Burdeos al departamento de los *Alpes Maritimes*, no solamente lenguas emparentadas sino también costumbres jurídicas muy romanizadas, y como se ha visto anteriormente, una cierta homogeneidad social. Los parecidos con Italia, que acabamos de dejar, no se pueden olvidar: no hay un Estado con prestigio universal, existe un fuerte tejido urbano, aunque las mallas se aflojen a medida que nos acercamos al norte, un contacto directo con el mar, con el Islam, con el oro y la plata, una tierra dura que facilita la concentración, y los contactos, aunque, cada vez menos, con el Océano y con el Loira. Más adelante subrayaré algunos otros ras-

gos, según vayan apareciendo. El contexto, sin embargo, presenta ya suficientes contrastes.

a) En primer lugar, la *continuidad* con los tiempos antiguos se rompe en épocas más o menos recientes: los siglos viii y ix desaparecieron, bajo el empuje sarraceno, hasta el arzobispo de Aix de Provenza y Languedoc: el arzobispo de Aix tuvo que refugiarse en Reims; la sede de Antibes, Toulon, Fréjus, Menton sin titular hasta fines del siglo x; ataques de piratas hasta 1020 en Narbona.<sup>31</sup> Habrá que reconocer también que la implantación de las ciudades antiguas, más anárquica en su dispersión o más frágil por su entorno, ofrecía menos resistencia a los ataques del exterior que la implantación italiana. Por otro lado, los dos elementos de gran importancia en el despertar urbano de la península, clero y gran aristocracia territorial más o menos apoyados en grupos bastante dóciles de *milites* vasallos, se interpenetran aquí muy profundamente, por lo menos durante la fase pregregoriana del siglo x y principios del xi. Ninguna región presentó hasta este punto el ejemplo de la confiscación laica de las sedes episcopales, y podemos decir que hay completa confusión entre las funciones profanas y militares de los vizcondes, señores de los *castros* y de los tribunales, y las responsabilidades espirituales de los obispos.<sup>32</sup> Al multiplicar los ejemplos me saldría de mi campo de estudio, pero no tengo más remedio que citar algunos casos que llaman la atención: las sedes de Marsella entre 965 y 1073, de Narbona entre 922 y 1086, de Agde entre 990 y 1035, de Béziers, Nîmes, Lodève, Aviñón están en manos de parientes de los condes y vizcondes; las inmunidades se violan, como ocurre en Saint-Victor de Marsella; las dignidades se ofrecen al mejor postor, como el arzobispado de Embrun. Solamente en Provenza siete se-  
des dependen del conde y ocho de los magnates locales.<sup>33</sup> Ésta es una de las razones que justifican el esfuerzo tenaz de los gregorianos, que asestó sus primeros golpes en el Viennois y la región de Embrun, ya a partir de 1053, en ocasión del primer viaje de Hildebrando, el futuro Gregorio VII, hasta conseguir la recuperación de las últimas sedes simoníacas, Mauguio y Nîmes, en 1095, en el viaje de Urbano II por Francia meridional.

b) La excepcional dispersión del poder local que acompaña a la vida rural en este mismo momento —recordemos, un *incastellamento* de característica muy militar— justifica seguramente este rasgo absolutamente típico del arco mediterráneo, desde los Alpes al Pirineo: la implantación en la ciudad de *fuertes contingentes armados*, unos, *milites castri* del vizconde o del obispo, otros —en



Provenza occidental en especial— «alders» rurales que confían a clientes sus torres de la ciudad, incluso antes del año 1000. La yuxtaposición de estas pequeñas guarrniciones de «*castellani*» alojados en las débiles torres «nobles» o en las de las murallas, o aún mejor, arrinconados en las ruinas de los monumentos antiguos, no se desconoce al otro lado de los Alpes, por ejemplo en Roma, pero en este caso no falta en ciudad alguna: en Nîmes, en las arenas, hay 31 casas de caballeros en 1100, 50 en 1194, 95 en 1226; en Carcasona se ocupan las torres «visigóticas», en Aix los mausoleos y las termas, en Arles las arenas y el teatro, en Narbona el capitolio, en Toulouse, en Béziers, la muralla «sarracena», en Aviñón unos diez linajes han erizado la ciudad de torres que llegarán a 300 en 1226.<sup>31</sup> Si la ciudad no se ocupa de ello, la *militia* local la construirá, armada para la defensa, sobre un punto estratégico, como en Beaucaire antes de 1200, en Montpellier ya en 985. Todos estos ejemplos son, naturalmente, provenzales o del Languedoc, pero lo que me parece que permite extender esta costumbre hasta el Poitou o el Berry es que también se encuentran allí, más difusas, porque la densidad urbana es más floja, menos agresivas por el hecho de que la descomposición episcopal o condal es menor: en el Puy, Burdeos, Bourges, incluso Lyon, la oposición con la aristocracia laica, dejando de lado la cuestión de la simonía, permitió que los hombres de Iglesia conservaran libertad para manobrar a la «italiana»; pero Marguerite Boulet-Sautel ha hecho observar el papel, probablemente muy importante, que tuvieron, por la extensión y el número de peregrinos, las necrópolis de la alta Edad Media y también la influencia monástica.<sup>32</sup> Es la zona de Cluny, de la Chaise-Dieu, pronto de la Sauve-Mejeure y de Fontevrault, el camino de Santiago y el campo de desarrollo de las «pases» en el primer decenio del año 1000. Los obispos que se pusieron a la cabeza del enceldamiento, desde el concilio de Trosly de 990 a las milicias de Bourges de 1038, no están todavía al servicio de la aristocracia laica; así y todo, encontramos en esa «Aquitania» rasgos específicamente meridionales: grupos de *milites* o de alodiales, señores de las torres de la muralla, como en Bourges a partir de 950, Nevers en el año 1000, en Poitiers, en Saint-Jean d'Angély, y alojándose a veces en las ruinas romanas, como en Santes o en Burdeos.<sup>33</sup> Con más razón aún nos encontraremos con un idéntico elemento mercantil.

c) Así como en Italia su intervención, precoz seguramente, incluso si dejamos de lado la zona bizantina o veneciana, permaneció durante largo tiempo como clandestina y no aparece clara-

mente más que a través de la fiscalidad pública o del desarrollo de los *borghi*, en este caso la evolución es por lo menos igual de precoz en sus inicios, pero se hace visible rápidamente. Se pueden plantear diversos motivos, aunque la inseguridad sea hasta el principio del siglo XI tan fuerte como al otro lado de los Alpes. También se ha hablado del papel de las juderías en el sentido de que, puesto que más abundantemente repartidas que en Italia, permitieron en fecha más temprana volver a los intercambios con el mundo pirineico y musulmán: en Narbona, Béziers, Nîmes, Uzès, Arles, Vienne, Lyon se tienen noticias desde el 990-1005 sobre el tráfico, cuya importancia estaba asegurada por los judíos: <sup>34</sup> cueros, telas, esclavos, quizá también la sal de Fos, de Istres o de Mauguio. En cualquier caso, se trata aquí de la *reanudación de los intercambios* que tuvieron, desde luego, importancia primordial en la circulación de sangre nueva en la ciudad, más que de las aportaciones de los productos del campo. P.-A. Février también valora, como demostración de este esfuerzo, las creaciones de itinerarios más adaptados a las necesidades urbanas, por ejemplo, el abandono del trazado litoral de la vía Domitia, entre Antibes y Fréjus, en beneficio de una desviación por Grasse o Draguignan. La impetuosidad de las corrientes fluviales en otoño, podía llegar a paralizar esos intercambios: así, se encuentra muy precozmente en las regiones mediterráneas el tendido de puentes, de los que ya dije algo al hablar del Héraulit (1020), Aude (1066) y Ródano (1070).<sup>35</sup> Por ello no se puede considerar como tardíos, como dice A. Dupont, el desarrollo de los burgos suburbanos, *barri* del Languedoc, *bordarie* de Aquitania; desde el siglo X se tienen noticias del barrio de Saint-Laurent viejo en Arles, el de Sauverre en Marsella (980), tres nuevos burgos en Narbona en 990, otros alrededor de los monasterios suburbanos en Nîmes (990), Carcasona (980). Aún más precoces yendo hacia el norte, Vézelay (887), Tournus (889), Poitiers (930). El movimiento tomará su gran empuje antes de 1050, tanto en Aquitania —1007 en Beaulieu-lès-Loches, Saint-Hilaire en Poitiers nuevamente (1016)— como más al este —Ainay en Lyon— o más al sur —1038 Notre-Dame-de-la-Principale de Aviñón, cerca de La Ville-l'Évêque, la Porte-Audoise y el Bourg-Neuf de Arles, el Bourg-Saint-Paul en 1035 en Narbona y los burgos Saint-Michel y Saint-Vincent en Carcasona hacia 1067, los de Saint-Sernin y Saint-Cyprien en Toulouse entre 1067 y 1070, etc.<sup>36</sup> A veces, la fecha misma de las murallas que cierran el conjunto nos deja asombrados, 1039 en Marsella, 1081 en Beaucaire, aunque es verdad que a me-

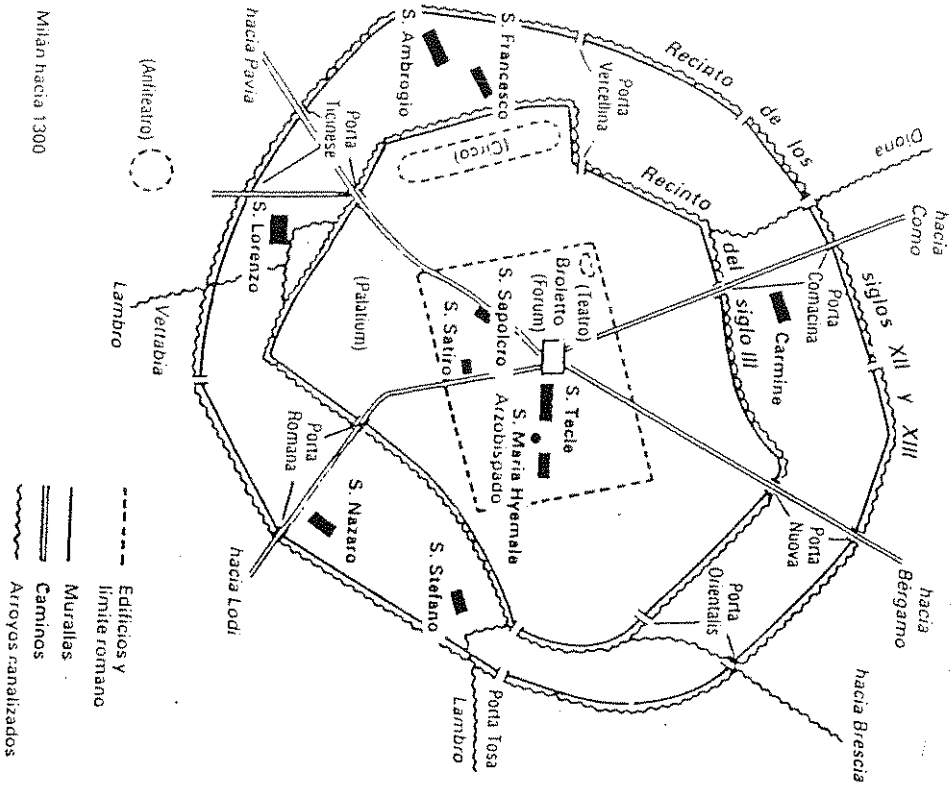


nudo son de la misma época que en Italia, 1145 en Toulouse, 1146 en Arles, 1157 en Aviñón.

d) En el mismo momento en que estas murallas se levantan, se ha producido un importante cambio en la historia de las ciudades occitanas, y ésta es verdaderamente la oposición más clara con Italia. Mientras que en ésta el poder imperial se agota en arrancar a los municipios armados las *regalia* cedidas anteriormente, y esto continuará así hasta la ruina total de los alemanes, en esta vertiente de los Alpes y hasta llegar al Loira, se produce un doble movimiento de control: nace directamente, después de 1090 o 1100, de la *renovación de los poderes episcopales* en todas las diócesis, y de la incautación de las instituciones de paz por un poder condal más fuerte. Después de 1150 y del abandono de las tentaciones ibéricas, los príncipes territoriales recuperan su control sobre unidades, mucho más amplias, el conde de Barcelona en Provenza, la casa de Saint-Gilles desde Toulouse al Ródano, los Plantagenêt en Poitiers o en Burdeos, el emperador sobre el Lyonesado. Podemos admitir fundadamente que este cambio, que se debe en gran parte, por añadidura, a la difusión del derecho romano a partir de Bolonia o de Pisa, se encuentra en el origen de un segundo fenómeno, también bastante distinto a las costumbres italianas: el desarrollo casi simultáneo —ocurre en medio siglo— del consulado en estas ciudades meridionales, sin concesión de acta condal las más de las veces, sino con un acuerdo entre los comerciantes, caballeros y autoridad local, y los casos de violencia, como en Montpellier fueron excepción. Esta influencia jurídica ha sido objeto de numerosos estudios por los historiadores del derecho: <sup>10</sup> observan que aparte la renovación de vocabulario de las actas, de los procedimientos mediante testigos cuyos prototipos italianos son de 1080 a 1125, aparece una difusión del notariado que a través de Turín (1058), Susa (1073), Grenoble (1075), llegó a Montpellier (1129-1134), Arles y Nîmes (1138-1139), Agde y Saint-Gilles (1140), Orange (1168), remontando luego hacia Toulouse (1175). Castres (1160), Limoges (1140) y Montferrand (1195).<sup>11</sup>

d) Resulta también bastante claro que la implantación del *sistema consular* es paralelo a la implantación en la ciudad de esos *curiales*, esos *iudici*, esos *causidici*, esos *jurisperiti* cuya intervención al lado de los caballeros y de los *burgenses* permitió que las ciudades meridionales poseyeran una organización municipal de cuatro niveles y no de tres como en Italia: esta división se encuentra ya en los textos del Albigeois en 1035 o de Saint-Gilles en 1056; pero también la encontramos claramente en Narbona en 1080, en

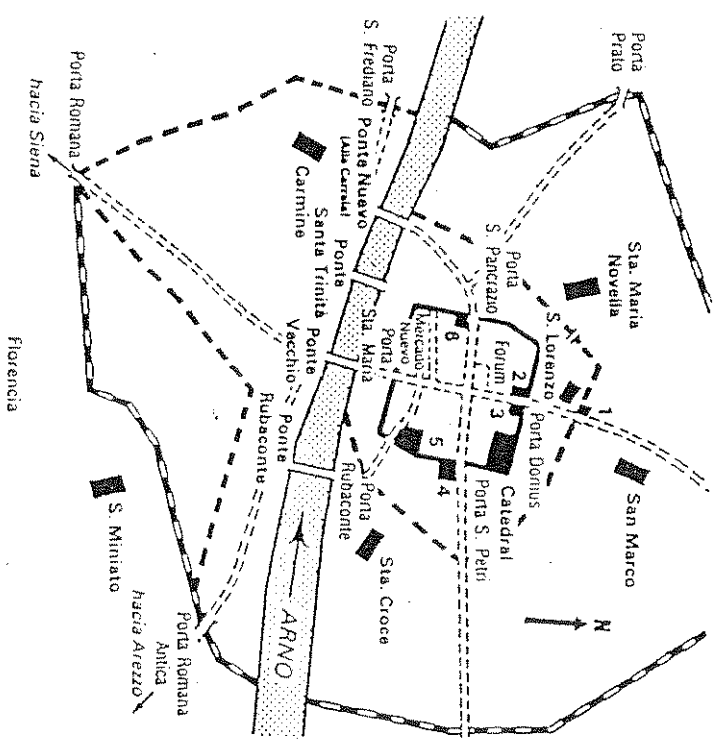
Toulouse en 1120, una primera vez en Carcasona y Montpellier en 1105-1110.<sup>12</sup> El grupo de los *honestissimi, clarissimi* (titularia príncipe, su «familia», el prelado y la suya, los vegueros y los bailes, que «tienen» los hornos, la alta justicia y la plaza central de la ciudad. Si se trata de una ciudad en la cual el conde sabe hacerse obedecer, como en Toulouse, continuará poseyendo ventajosas sustanciales: la talla (*questia*), las exenciones (*presta*) la *tolta* (que deja en 1147), la intervención en el consejo común, hasta 1152, sin contar con su tribunal. Si, por el contrario, el conde está lejos o no tiene influencia (Montpellier), el grupo superior es débil y debe repartirse los poderes: obispo de Maguelonne, familia del veguer, senescal del conde, todos se afanan en rivalidades inútiles. El segundo y tercer grupo se aprovechan de ello: son primeramente los *nobiles, centuriones, milites, consules, cabalerii* de las torres, y frente a ellos, los *burgenses, curiales*, generalmente señores de las puertas, como en Italia, y así puede iniciarse el desarrollo consular: el movimiento alcanza Aviñón (1129 o 1146), Arles y Béziers (1131), Narbona (1132), Niza, Nîmes y Lodève (1144), Perpignan y Albi (1148), Uzès (1150), Grasse (1155), Marsella (1178), Carcasona (1184), Agen (1189), etc.<sup>13</sup> El caso de las tres ciudades importantes de la región, sede de autoridades más fuertes, es digno de atención, porque si Aix permaneció en manos del conde y de los caballeros del palacio y de las torres,<sup>14</sup> Toulouse, por el contrario, conoció la penetración progresiva del elemento burgués apoyado por el conde: en 1152 aparece un consulado de la comunidad formada por 6 *capitularii*, mitad caballeros, mitad *cives* y *burgenses*, por 4 *iudices* que representarán al señor; doce años más tarde, el conde concede a los *capitulis* exención fiscal, aumenta su número hasta 12 en 1176, seis del burgo, seis de la ciudad, sin hacer distinciones jurídicas, y hasta 24 en 1189, fecha en que, al concederles la jurisdicción de los crímenes de sangre, confiere evidentemente un elemento fundamental de autonomía al grupo oligárquico.<sup>15</sup> El caso de la ciudad nueva de Montpellier, por el contrario, está marcado por las tensiones que proceden, sin lugar a dudas, de su estatuto híbrido: repartida entre la jurisdicción del obispo de Maguelonne, del veguer condal y de un baile señorial, la ciudad no tiene en principio aristocracia antigua dentro de ella, únicamente los *milites* de las *familiae* aristocráticas. De tal manera que los burgueses, al fundar una *communitas* en 1110, se exponían a chocar contra una resistencia heterogénea; la presencia, al lado de 2 «testimonios» burgueses, de 5 «nobles», cuando se trata de ratificar las disposi-



- Edificios y límite romano
- ==== Murallas
- ==== Carninos
- ~~~~ Arroyos ramalizados

Milán hacia 1300

- 1 Palacio Mediceo
- 2 Arzobispado
- 3 Baptisterio
- 4 Palacio de la Podestà
- 5 Palacio de la Señoría
- 6 Palacio Strozzi



- 1.º recinto (romano)
- - - 2.º recinto (final del siglo xii)
- 3.º recinto (principios del siglo xv)

Fig. 21. Ciudades de Italia  
Milán y Florencia

(Y. RENOUIARD, *Les villes d'Italie de la fin du X<sup>e</sup> siècle au début du XIV<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1969, pp. 295 y 375)

ciones señoriales, demuestra que, por lo menos en un principio, la *militia* sigue teniendo fuerza: pero al pasar los años crece el número de burgueses: 3 (1121), 9 (1139), 20 (1141); en esta última fecha los *probi homines*, los cabecillas de la oligarquía mercantil, pretenden expulsar a los *milites*, pero no consiguen sino unir más el conde con el obispo, y esto hace que su proyecto quede bloqueado. Lentamente, no antes de 1181-1183, se reanudarán los intentos al intervenir al lado de los burgueses un grupo de juristas, *curiales*, *causidici*, notarios que quizá representan al conde y al obispo, y también artesanos, los obreros de la «cerca», carpinteros y albañiles encargados de terminar la nueva muralla y que ejercen sobre ella su propia jurisdicción. Hasta 1204, no aparecerá un conculado de 12 *legales viri*, pasados casi cien años desde las primeras manifestaciones de franquicias.<sup>16</sup>

Evidentemente, queda todavía un cuarto grupo, *cives*, como se les llama en casi todas partes, y también como en casi todas partes, en el sur de Europa, hombres de silencio y de labor; pero la creación de los gremios, aunque sea muy tardía (1181 para los carniceros de Toulouse), no es aquí, como tampoco en Italia, un signo de paz social.<sup>17</sup>

3. *El mundo ibérico.* La historia de las ciudades españolas tiene tantas características insólitas, incluso allí donde se pueden observar las estructuras de tipo «clásico» —y a menudo he unido Cataluña al Languedoc, o Navarra a Gascuña—, que no tenemos más remedio que hacer párrafo aparte. Una razón perentoria podría dispensarnos de detalles: estamos en zona fronteriza, tanto si se anima y progresa durante todo el período desde Galicia al alto Ebro, como si permanece sencillamente inquieta a lo largo de Aragón o de Cataluña, surgen por todas partes, en la retaguardia, los resultados del contacto con el prestigioso telón de fondo económico del Islam.

a) Aunque sufrió altos y bajos, la *autoridad pública* parece haber tenido considerable importancia en la reorganización urbana, que se convirtió en indispensable, incluso en tierras musulmanas, a causa de la inacabada conquista del norte de la Meseta, las cadenas cantábricas, el Levante y la «marca de España».<sup>18</sup> Baste recordar que hasta el año 1000, los ataques a ambos lados del Ebro y del Duero paralizaron cualquier posible desarrollo de importancia más allá de las murallas, a menudo antiguas, dentro de las cuales los reyes, los condes o el obispo ejercían protección sobre los cristia-

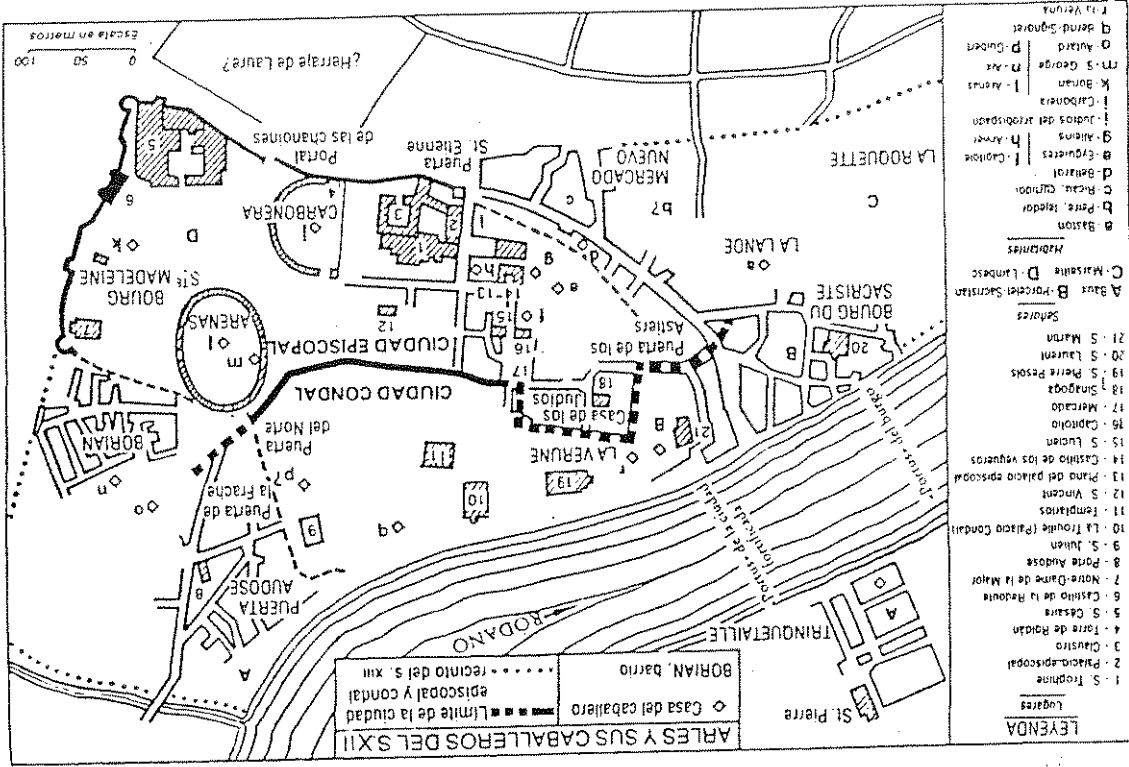


Fig. 22. Ciudades del Midi de Francia  
Arles en el siglo XVII

(J.-P. Puoy, *La Provence et la société féodale*, 879-1166, Paris, 1976, p. 295)

nos y desde las que dirigían sus salidas. Las primeras «ciudades» de las que la historia nos habla antes del año 1000, son los esquelos romanos de Sepúlveda, Ávila, Segovia, Salamanca, Tarragona, los nidos de águila o castillos reales de León, Burgos, Oviedo, Pamplona, los *casira* condales de Barcelona, Vic, Ampurias, Jaca, el grupo de catedral o monasterio fortificado de Astorga, Lugo, Sahagún, Urgell, Besalú o Girona.<sup>19</sup> Es evidente que la intervención pública no fue bastante para elevar a nivel de ciudad fortificada estos caseríos, pero al aparecer sangre nueva, la autoridad pública no falló: aunque fuera apoyándose en los «infanzones» que durante un tiempo pusieron en peligro su poder, los reyes de León y Castilla, los condes de Navarra, de Aragón o de Barcelona controlaron después de 1115 o 1150 el poder municipal: los «usages» o los «fueros», concedidos a las ciudades por los príncipes en beneficio de *batidos*, de *consules*, de *jurati*, de «leudes», que el príncipe nombra, y manda a sus vegueros que vigilen. Estamos lejos de los laboriosos compromisos de más allá de los Alpes o de los Pirineos. Aquí, las franquicias concedidas a la comuna son controladas por el conde, y la mejor prueba de ello es su extensión sobre una amplia superficie del campo vecino.<sup>20</sup> Esto no presupone la opresión: sobre este punto, la ciudad ibérica, igual que la aldea provista de fueros de los que ya hablé, conoció privilegios colectivos, facilidades fiscales, protecciones individuales muy superiores a lo normal, y una de las originalidades de los «consulados» de España son estas franquicias: las disfrutaban *militres* y comerciantes, judíos y mozárabes, artesanos y serranos que bajan de las montañas próximas:<sup>21</sup> Cardona (1102), Sahagún (1120), Compostela (1136), Tortosa (1149), Gerona (1185), Perpiñán (1197), y no hay que olvidar, desde luego, Barcelona.

El caso de Barcelona es complejo, aunque en un principio la ciudad no pareció en absoluto poseer cualidades superiores a sus vecinas del interior o de Castilla. Sin embargo, por las fechas y la naturaleza de las concesiones otorgadas por el conde, primero en ocasión de una inicial toma de conciencia en 1025, y más tarde en 1044, Barcelona es la única ciudad de este lado del Pirineo que parece un débil eco de la historia urbana del Languedoc. Hacia 1070 probablemente, le fueron concedidos los Usages por Ramón Berenguer; desde luego, solamente los conocemos muy transformados por arreglos posteriores: se encuentran en ellos, a través de una ordenación de la legislación privada del condeado, característica del control feudal, las líneas básicas de una organización interna de la ciudad. La *communa* de todos los jefes de familia está protegida

por el conde, y esto por derecho propio; quizás un juramento vinculaba a los habitantes; éstos disfrutaban de costumbres amplias y perciben una parte de las tasas comerciales, pero no existe ningún organismo de autoadministración. Por lo demás, fieles a su voluntad de pacificación, los príncipes españoles no plantean medidas extremas: después de haberse sublevado, Sahagún o Compostela no dejan de recibir su «marcadels» o su fuero unos años después.<sup>22</sup>

b) Los historiadores españoles Font i Riús, R. Pastor y Valdeavellano hicieron observar la importancia del *poblamiento rural* en la ciudad, desde el principio de la Reconquista, como también lo observa Bomassie para Cataluña.<sup>23</sup> No se trata del descenso de los montañeses en el siglo X; en el siglo XI, se siente atraído a la ciudad un artesano, por lo demás de mediocre nivel durante mucho tiempo, y en el siglo XII se concentran, quizás autoritariamente, las poblaciones sometidas o aliadas: refugidos, colonos, tenedores de aldea formarán entonces la masa principal de los hombres de ciudad.<sup>24</sup> En las ciudades vueltas a ocupar en el siglo XII, la distribución de lotes (suertes), de casas o huertas, en el interior o en el exterior de la muralla, contribuyó a fijar a los que andaban errantes. R. Pastor pudo observar en Toledo, una vez tomada, en los años 1085 a 1097, que estos cercados o estas casas muy a menudo continuaron en manos de los mozárabes, y no se puede concluir la reconquista con expropiación.<sup>25</sup> Solamente esta corriente campesina, a menudo «caballeros villanos» que se instalaban en la ciudad, después de 1015 o 1025 en Cataluña, explicaría la creación de ciudades nuevas como Puigcerdá (1061), Vilafranca-de-Conflent (1092) o Vilafranca del Penedés (1108).

c) Esta característica nos tranquiliza: relaciona España con la otra vertiente del Pirineo. La siguiente nos trastorna. Los *comerciantes*, de los que he hablado poco hasta ahora, también están ahí; su actividad es una de las características importantes, aunque sólo sea por la liquidez que manejan, por lo menos en el despertar catalán. Serán ellos los que harán que se abandone el antiguo puerto, para instalarse, en 1050, hacia Santa María y la desembocadura de la Rambla; pero no aparecen en cabeza en la ciudad, así como tampoco aparecen los gremios, casi inexistentes. Sin que esto sea una explicación suficiente, los historiadores de la península dan la razón de que, hasta pleno siglo XII, carecen de base local que les permita tener un papel importante; en cambio la tendrán los judíos, con fortunas individuales que engañan, y los «francos», gente llegada del otro lado de los montes y que durante un momento se encierran en calles, «ruya» o barrios especiales, como en Barce-

lona desde 993, en Lugo, Oviedo, Jaca y Pamplona en el siglo XI, Estella, Burgos, Salamanca o Sahagún en el XII.<sup>56</sup> Al parecer, ellos son quienes importaron la palabra *burgenses* a lo largo de los caminos que cruzaban los montes hacia Santiago o Barcelona.

Liberal y autoritaria, acogedora y cerrada al mismo tiempo, al principio de la reconquista, España presenta al historiador que todavía anda a tientas por ella, una descripción del mundo urbano al que falta, para conocerlo mejor, el contraste de la ciudad musulmana.

4. *Entre Sena y Mosa.* Países Bajos, norte de Francia, Neustria, Bélgica segunda, «vicio pais franco», ninguna de estas expresiones se adapta exactamente a la zona de modesto tamaño, pero de gran riqueza que voy a abordar seguidamente. Es donde maduraron las tesis de Pirenne, las primeras grandes monografías de ciudades medievales, los catálogos de Ganshof y Vercauteren.<sup>57</sup> Allí, únicamente, existió la *commune* y el prestigio de Gante o de Brujas equivale al de Génova o Florencia.

a) Un rasgo nos tranquiliza de inmediato: la extrema homogeneidad de cada una de estas ciudades, y en realidad su simplicidad. Al ahondar en cada caso, a veces cada suelo, historiadores y arqueólogos de Francia y Bélgica, marcan los matices, las separaciones, lo específico. Pero cuando se está obligado, como a mí me ocurre, a echar un rápido vistazo a Barcelona, Toulouse, Génova, York, Colonia o Cracovia, Gante parece sencillísimo. Un primer rasgo, y que no parece evidente: *también aquí existe una continuidad*. Primero entre lo antiguo y lo medieval exceptuando a Bavai, abandonada definitivamente en el siglo V en beneficio de Cambrai, todas las *civitates* se mantienen en su apretado cinturón romano, al que la alta Edad Media ha añadido una serie impresionante de *vici* que se alzaron a un nivel superior al que tenían al final del Bajo Imperio.<sup>58</sup> Más tarde, entre los tiempos carolingios y el final del siglo X, aquí es donde evidentemente choca uno de los elementos más conocidos de la visión de Pirenne: no hay ruptura entre los *vici*, los *castra*, las ciudades fortificadas del 758 u 880 y su empuje del siglo XI; ni los normandos, ni los húngaros pudieron nada contra ellas; lo he comprobado en Picardía; Despy y d'Haensens, en Bélgica.<sup>59</sup> Incluso las aglomeraciones, que el historiador, repitiendo palabras de su antecesor, dice que fueron arrasadas, continuaban viviendo: se acuña moneda en Quentovic en 980, ciento cuarenta años después de la «muerte» de la etapa mercan-

til, o en Tiel, que sucede a Duurstede sin transición. Además, durante toda esta época, los comerciantes van y vienen a Saint-Omer, Namur, Lieja, Arras, Saint-Riquier, Maastricht.<sup>60</sup> Coloquemos de una vez los ogros y los vikingos en la categoría de los espartapájaros. Ahora bien, esta continuidad necesita un matiz: la autoridad local permanece, pero es de diversa naturaleza; el rey está en Laon, Senlis, Compiègne, más tarde en Montreuil, el conde en San Quintín, Arras, Boulogne, Brujas, Gante, el obispo en Amiens, Cambrai, Tournai, Lieja, Reims, Beauvais, aunque no sea seguro que recibiera derechos condales y bienes del fisco excepto en las dos primeras ciudades (¿898?, ¿1007?). En todos estos casos, sin exceptuar aquellos en que se trata del rey, la autoridad no rebasa los límites del terreno construido, porque una de las características económicas y sociales de esta región, y ya hablé de ello en su momento, es el enorme desarrollo de las inmunidades monásticas.<sup>61</sup> Desde luego, un conde-*avoué* podrá recuperar poder y riqueza, pero la dispersión del fisco socava indirectamente las bases territoriales de la autoridad; positivamente no estamos en España.

b) Así y todo, un segundo rasgo parece que nos volviera allí, *mutatis mutandis*: la *presión militar*. ¿Será por causa del peligro normando y húngaro? ¿o al consolidarse la aparición de la aristocracia guerrera en el momento del desarrollo de las instituciones de paz? El hecho es que el elemento más importante de la región es el *castrum*. Los importantes descubrimientos arqueológicos realizados en Amberes, Douai, Amiens y el estudio minucioso del emplazamiento de Brujas, Gante, Cambrai, Montreuil, Huy, Brujas permiten una cronología y casi una tipología de este fenómeno.<sup>62</sup> En primer lugar tenemos la certeza casi absoluta de que ninguna de estas construcciones escapa al control del príncipe: tanto si toman el aspecto de una mota (Douai, Arras, Bapaume), o de una plataforma rodeada de agua (Gante, Bruselas, Lille), o de un polígono protegido por un dique de tierra (Cambrai, Brujas, Amiens); que se encuentran huellas de hábitat de la alta Edad Media o incluso protohistórico (Amberes, Senlis), o de que se trate de un nuevo emplazamiento como Lieja, y naturalmente defendido como Huy, Montreuil, Laon, o en espacio muy abierto (Beauvais, Reims, San Quintín); todos estos conjuntos unen a la fortaleza una capilla castral, a veces una necrópolis y construcciones que alojan la *familia* condal y los clérigos, quizá, como en Brujas y Gante, en construcciones perfectamente separadas. No constan todas las fechas, pero las que conocemos son sorprendentemente precoces: 836 (Anvers), 980 (Brujas), 887 (Arras), 891 (Noyon),

901 (Cambrai), 896 (Montreuil), Lovaina anterior a 900, 975 (Lens), 977 (Bruselas), anterior a 950 Huy, Namur, Amiens, Douai, Gante. En cada uno de los castillos reside una guarnición, y no se trata como más al sur de medir la autonomía que poseen, porque son únicamente *militar castri*; no hay duda de que su categoría social va en aumento: al encerrar a más de uno entre los vínculos vasalláticos o feudales, el grupo de guerreros acabó no estando únicamente compuesto de guerreros profesionales; pero aparte de que éstos persistieron durante tiempo (normandos o a menudo oriundos de Brabante), aquellos que deben abandonar su mota señorial para cumplir con el servicio de estado en el *castrum*, están allí bajo las órdenes de un castellano, que a su vez está bajo el poder del conde.<sup>64</sup> Los pocos intentos surgidos en Cambrai o en Arras para escapar a este dominio no tuvieron éxito.<sup>65</sup> La presencia de esta fuerza militar, que estamos tentados de calificar como «operacional», merece tener el movimiento comunal ulterior, una de las bases de las responsabilidades guerreras que se delegaron a los *burgenses* allí donde recibieron el cargo de asegurar, unidos a los mercenarios y *persecutum*, la guarda del *castrum*.

c) Un *castrum* no es una ciudad! Si no se le añaden núcleos de habitar, continúa al nivel de los palacios de los príncipes del siglo IX; incluso en una *civitas* antigua, las dos *familiae* unidas de un príncipe y de un obispo no llegarán a ser más que un conjunto de *ministeriales* o una clientela. Por eso probablemente, la aparición de una *immigración rural* fue la base principal del despertar urbano. Por desgracia, Picardía, Flandes, Brabante o Champagne carecen de las fuentes que dan luz a Cataluña e incluso al Languedoc. Los que se pueden observar sobre todo, y hablaré de ellos más adelante, son los mercaderes, que habitan llamado tanto la atención a Pirene, aunque los hombres que llegaron tanto la atención a Panaderos, albañiles, fabricantes de zuecos, carreteros o tejedores opinar sobre ello dos caminos: el origen geográfico de los hombres que a mediados del siglo XI se llamarán *burgenses*, y las condiciones topográficas del desarrollo urbano. Este último aspecto nos proporciona los datos más antiguos, pero también, inevitablemente, los menos concretos: alrededor del *castrum* crecen los *vici*, los *suburbia*; si la muralla antigua es amplia, dentro de ella, y más frecuentemente al otro lado de los muros. Estos núcleos parecen surgir esencialmente de la actividad campesina; se desarrollan alrededor de un monasterio o de sus *curtes*: Saint-Bavon o el Mont-Blandin, en

Gante; Saint-Yvast de Arras, Saint-Aubert y Saint-Géry de Cambrai, Saint-Aimé de Douai, Saint-Sauveur, Saint-Etienne o Saint-Lucien de Beauvais, Saint-Rémy de Reims, Saint-Martin de Amiens o de Lieja, Saint-Sauveur de Brujas, Saint-Martin y Saint-Séverin de Huy, Saint-Nicolas de Bruselas, Saint-Ayoul de Proviens.<sup>66</sup> No hay duda de que la presencia de un mercado, de un *forum in vico*, es prueba de intercambios, pero se trata probablemente de productos locales. Fue necesario que trascurriera un cierto tiempo antes de que la aparición del habitat entre el *vici*, o los *vici*, y el *castrum* llegara a rellenar los huecos de una tierra que continuaba siendo rural, o de una *civitas* vacía en parte. A veces, un simple tentáculo fue bastante para unir el segundo núcleo, como ocurrió en Reims o en Lieja, pero la construcción de una muralla que encerraba *castrum* y *vici* será, evidentemente, la etapa esencial. Por desgracia, éste es uno de los campos más controvertidos de la historia del noroeste de Europa. En la mayor parte de las ciudades de las que he hablado quedaban a veces huellas del perímetro de la muralla, levantada en el período de expansión comunal, del siglo XII y principios del XIII: Proviens (1176), Beauvais (1180), Ambers (1183), Amiens (1192), Gante (1199), Bruselas (fines del XII), París después de 1191, Lieja (1201), son algunos de estos ejemplos. Pero estos perímetros son mucho más amplios que las *curtes* monásticas, los *vici militum*, los *castra*, incluso que los *burgi* o *portus* de los que hablaré inmediatamente: probablemente encierran grandes espacios rurales, como ocurre en toda la Europa de la época, pero no podemos dejar de creer que hubo una primera fase de agrupamiento, quizás incluso bajo una primitiva forma de un dique de tierra precedido de un foso. En muchas de las ciudades de la zona estudiada ha sido sugerida esta suposición, por ejemplo en Namur en 937, en Lieja en 1002, Gante hacia 1013, Brujas en 1089, antes de la muralla de 1127, Cambrai en 1020, Amiens en 1135, Troyes en 1125, París en la orilla norte desde 1140. Quizá también Lovaina (?1142?) o Bruselas (?1047?, 1127-1134).<sup>66</sup>

Estas fechas corresponden, por otro lado, en todo el noroeste de Europa a una inmigración provocada por el primer excedente de aumento demográfico. En este caso, nuestra certeza es más firme que en la topografía, aunque más tardía. La rápida instalación al frente de los escabinos (*échevins*), al iniciarse antes de 1100 el movimiento comunal, de familias que se mantendrán en ellos a veces durante más de un siglo, permitió una prosopografía «burguesa» de gran interés, y de la que J. Lestocquoy fue el heraldo por lo que se refiere al norte de Francia.<sup>67</sup> Limitándonos a las dos

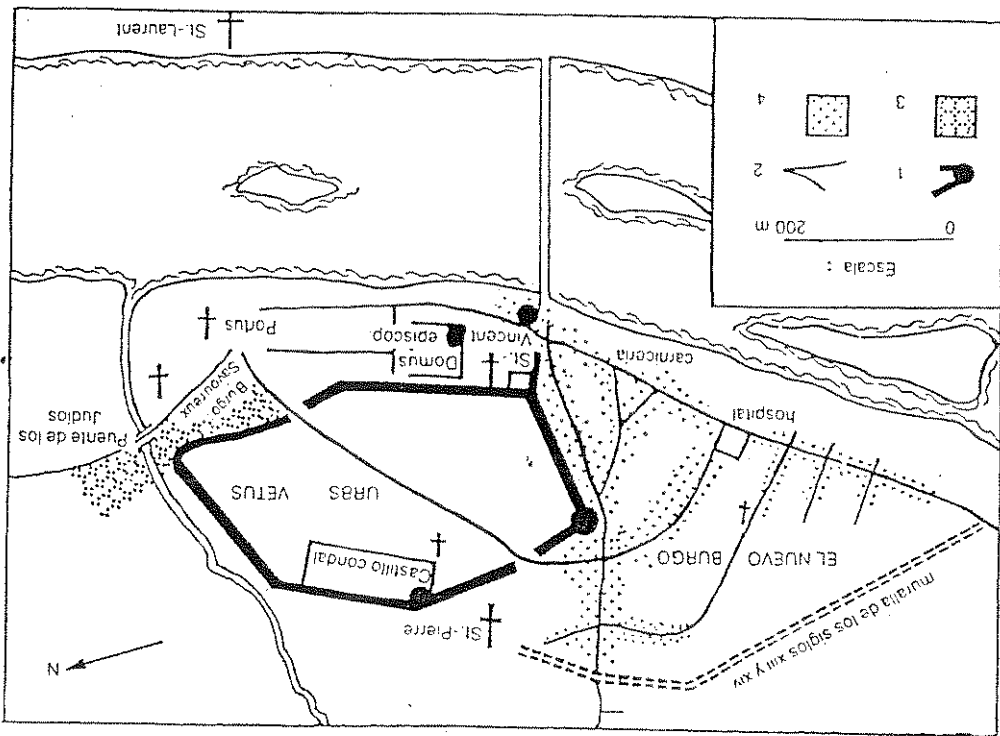


Fig. 23. Ciudades del centro de Francia  
*Méaux en el siglo XII*  
 1) antiguas murallas y torres; 2) calles y caminos; 3) barrio judío; 4) expansión reciente.  
 (G. Dumy. *op. cit.*, p. 513)

ciudades importantes de Picardía, Amiens o Arras, de gran actividad mercantil, y no teniendo en cuenta más que las familias que aparecen entre 1109 y 1170, ha sido posible establecer, por ejemplo en Amiens, que 40 linajes de los 79 de los que se puede decir algo, proceden de un radio de unas diez leguas, o menos, fuera de la muralla de la ciudad; algunas de estas familias, como los Le Sec, Le Moine, de Croix, se encuentran en numerosas actas de propiedad territorial entre 1138 y 1151. En Arras, entre 140 familias, 26 proceden de más de 30 km, y 70 tienen un origen muy particular, proceden del territorio de la exención del tonelco de Saint-Vaast, y esto nos permite considerarlas como linajes de la familia abacial, como los Wagon, los Crépin, los Louchard, que siguen conservando tierras en el campo. Por el contrario, los Hucquedieu o los Augrenon parecerían mejor depender del conde.<sup>68</sup> Idénticas constataciones pudo hacer para Bruselas, después de 1145, P. Bonenfant.<sup>69</sup>

d) Nos quedan los *comerciantes*. Incluso después de rechazar, quizá de forma excesivamente categórica, el papel que Pironne atribuyó a los «pies polvorientos», el historiógrafo belga continúa muy atento al papel de los «frsiones», y en algunos casos al de los judíos. Se ha estudiado el florecimiento de los lugares de intercambio en el bajo Mosa, o a lo largo del camino de Brujas a Colonia,<sup>70</sup> y allí donde no se encontró ni *civitas* ni conde, se buscó la generación espontánea. G. Despy se ha opuesto con gran fuerza a estas intervenciones externas: al estudiar las ferias y tonleos en Visé, Maastricht, Douai, Bastogne, Saint-Omer ha tratado de demostrar que estos lugares de intercambio correspondían a cruces de caminos importantes, a mercados locales.<sup>71</sup> Sin llegar a este extremo, parece prudente admitir que el florecimiento de los barrios comerciales especializados, *burgus*, *portus*, *wik*, *emporium*, no es ninguna innovación pionera, sino, en las orillas de los ríos Oise, Mosa o Escalda, es decir, relativamente lejos de la peligrosa costa (que, por lo demás, estaba entonces sometida a las incertidumbres de los cambios de la marea de la regresión marina), el resultado concreto de los encuentros entre buhoneros extranjeros y vendedores locales. De la multiplicación en estos lugares, de los derechos fiscales y de los talleres de acuñación, de los que hablaré más adelante,<sup>72</sup> y de la enumeración de los aranceles de peajes, se comprende que no se trataba solamente de operaciones de sentido único para vender productos de países lejanos, con interés solamente para el conde o el obispo, sino de operaciones de intercambios de productos corrientes. Así y todo, resulta bastante claro, y precisamente por la naturaleza un tanto insólita de los primeros intercambios, que los *portus* que



parecen primero están en una situación topográfica marginal en relación con los núcleos de hábitat, a menudo separados del *castrum* y del *vicus*: en Mastricht, el *portus* está claramente situado al norte de la ciudad; en Reims está entre los dos núcleos; en Provens, en Lieja, en Namur se pega al *castrum*; en París, en Malinas, parte entre el *castrum* condal y el *vicus* de Saint-Bavon, etc. Hay que imaginarse seguramente este nuevo barrio, muy poco denso, sin muros (en Tiel se tiene la seguridad de ello), y difícil de controlar, y esta es la razón, quizá, de su enceldamiento en un único cinturón amurallado desde que hubo posibilidad para ello.

Así pues, ya en época temprana, a mitad del siglo xi, en toda esta área geográfica existen los núcleos urbanos, cuya estructura es en general trinuclear, tanto si el marco de la *civitas* es un elemento incluso real, dispone de un indudable control sobre la justicia, el ejército y la moneda, el *vicus*, poblado por los *familiares* y los *ministeriumes* de los poderosos, poco a poco sumergidos en la masa de extranjeros quizá, pero más probablemente gente local, controlan los intercambios. Si esos dos últimos elementos, artesanos o agentes administrativos por un lado, comerciantes por otro, se unen en una «burguesía», ya tenemos el camino abierto para las peticiones de emancipación. Aquí no podrá ser un freno una aristocracia local cualquiera, o un desorden generador de inquietudes sociales; en cambio, los abades, los obispos, al tener el poder mucho más reducido que en el sur de Europa, y al darse cuenta de que se les escapan los beneficios económicos del control de los hombres, serán obstáculos que habrá que destruir para alcanzar el nivel comunal.<sup>73</sup>

5. *El Imperio*. El Imperio y no Alemania, porque hay desde luego interrelaciones entre el estatuto de las tierras y el destino de las ciudades.

De resultas de una paradoja que en realidad sólo es aparente, la historiografía alemana muestra más predilección por las ciudades que por el campo. La solución inversa habría parecido más lógica en un país de guerreros y campesinos, pero la progresiva transferencia de todo el poder y de toda la riqueza, en los siglos xiv y xv en particular, a manos de las ciudades-Estado del Imperio en ruinas, explica desde luego esta predilección. Mientras que en Francia seguimos esperando una síntesis sobre las ciudades medievales,<sup>74</sup> la erudición germánica ha producido un gran número de ellas desde

hace cincuenta años; ahora bien, dada la amplitud del Imperio y su diversidad, no llegan a proyectar idéntica luz en todas partes, y esto hará que mi tarea sea tan difícil como lo fue para Italia, y los casos específicos hacen contrapeso con los parecidos.

a) En cualquier caso, como punto de partida, una constatación común. El hecho urbano alemán es medieval, e incluimos en ello, una amplia cuarta parte del Imperio sobre la que Roma extendió su mano. A pesar de que las ciudades de la orilla derecha del Rin sean las más extensas de esta vertiente de los Alpes (285 ha en Tréveris, 96 en Colonia, y Maguncia, 70 en Metz, etc.), y hayan conservado una importante estructura antigua sobre la cual poco a poco volvieron a instalarse los obispos de prestigio, no se trata más que de matices secundarios. En cambio, la creación de la ciudad alemana, como lo subrayaba Planitz, y lo hacen suyo Bosl y Schlesinger, es un hecho de civilización: «los soberanos, Otones, Salios, ¿tuvieron conciencia de que estaban creando dentro de la sociedad a romper los órdenes, un *Mittelstand*, un estado intermedio destinado a romper la maravilla trifuncional? Las metrópolis, las *Münsterstädte*, ¿serán el símbolo de la Alemania antifeudal, estatificada, carolingia?»<sup>75</sup> En este caso, las 120 ciudades enumeradas por Planitz, 40 ciudades episcopales, 20 de abades, 12 palatinas y 48 fortalezas, ¿serán el signo de la continuidad entre el nacimiento de Alemania y el crecimiento indiscutible del siglo xii? En otras palabras, ¿Karl der Grosse fundó, o previó por lo menos, o sembró una Alemania urbana? Los historiadores alemanes, desde Klein, Kiebel, Mayer hasta K. F. Werner contestan afirmativamente: «Incluso en este campo inesperado en que los carolingios no brillaron precisamente en el oeste, los carolingios son los padres del Reich. Algunas voces limítimas y sacrilegas se levantan presentando matices: recordando a von Below, Steinbach trata de presentar al campesino detrás de la ciudad; E. Ennen esboza una tipología, y propone excluir de este éxito al litoral.»<sup>76</sup> Sin embargo, en conjunto hay unanimidad. No vamos a discutir el postulado, que por lo demás depende de una época anterior a la que estamos recorriendo; observemos, por lo menos, que existe en la base de esta creencia un hecho indiscutible. Los emperadores practicaron una política voluntaria de desarrollo urbano, y esto es suficientemente excepcional como para subrayarlo y contemplar a todo el Imperio bajo el mismo punto de vista.

Al sondear la documentación disponible nos llama inmediatamente la atención un carácter doble: primero, una gran laguna en

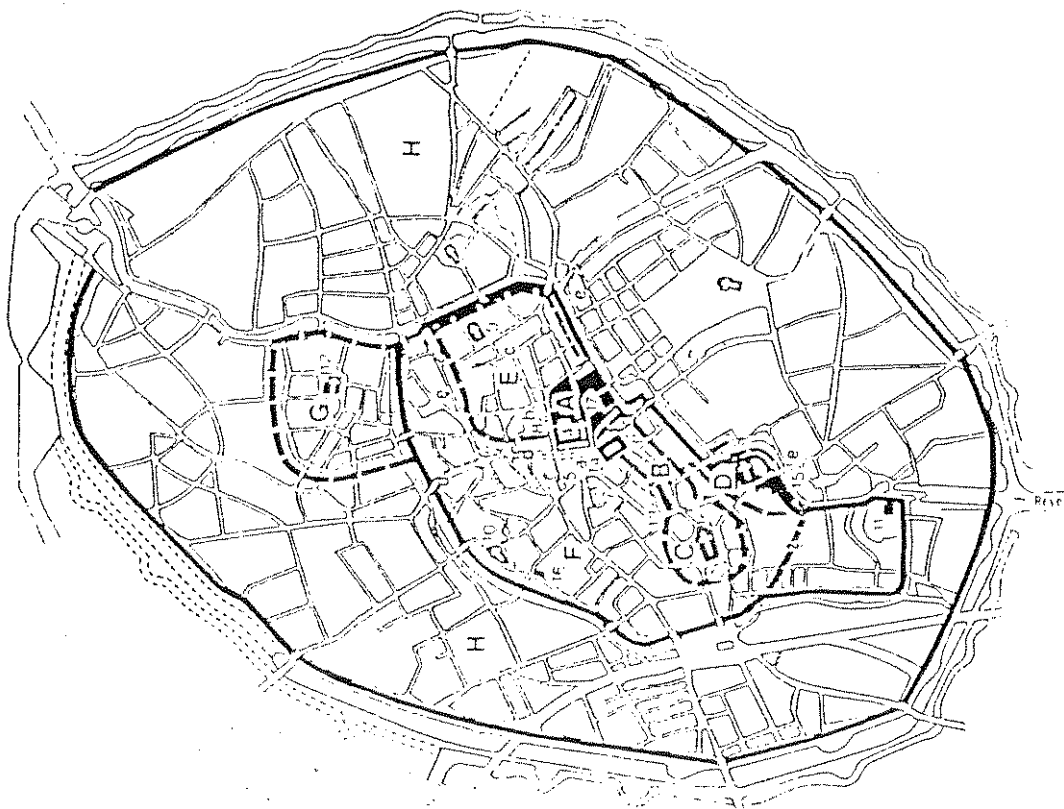
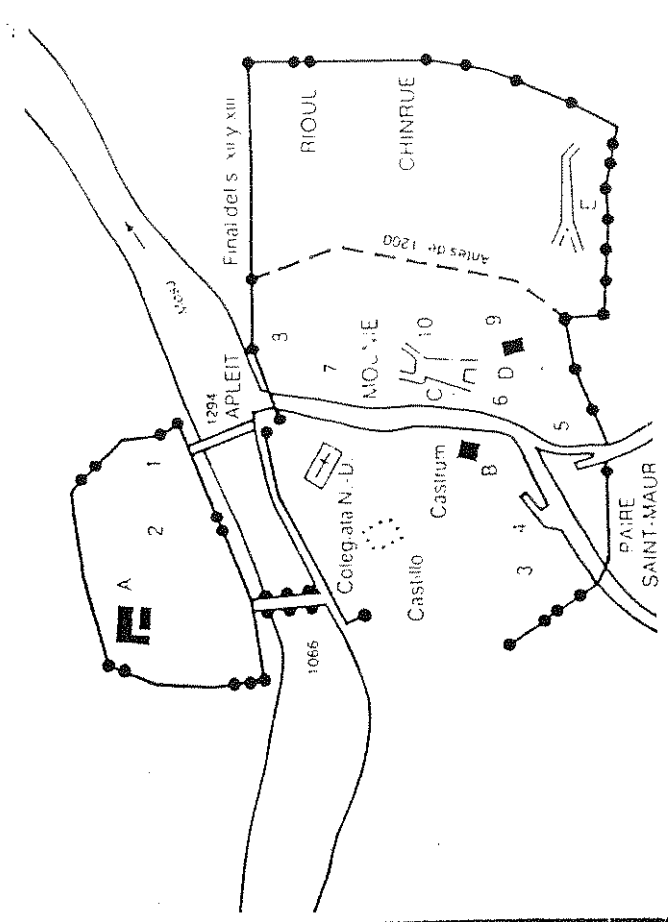


FIG. 24. Ciudades de los Países Bajos



a) Brujas (izquierda)

A) mercado de tejidos de lana y paño; B) gran hospital; C) mercado; D) calle nueva; E) mercado de animales; F) ciudad que se quedó dentro de la muralla en 1089; G) aldea de Saint-Gilles; H) extensión del siglo XIII

b) Huy (arriba)

A) mercado de tejidos de lana y paño; B) gran hospital; C) mercado de animales; D) calle nueva; E) mercado de animales; F) ciudad que se quedó dentro de la muralla en 1089; G) aldea de Saint-Gilles; H) extensión del siglo XIII

1) mercado de tejidos de lana y paño; 2) gran hospital; 3) mercado de animales; 4) calle nueva; 5) mercado de animales; 6) mercado de animales; 7) ciudad que se quedó dentro de la muralla en 1089; 8) aldea de Saint-Gilles; 9) extensión del siglo XIII

(Según A. JORRIS, *La ville de Huy au Moyen Âge*, París, 1959, mapa fuera de texto interpretado)

a) *Forum* (969); b) *Mallus*; c) *Vicus militum*; d) *Vicus Iamlingorum*; e) canal

Centros principales de concentración: 2) Saint-Sauveur (¿siglo VII?); 3) puerto antiguo; 4) Saint-Donatien; 11) Béguinage; 13) mercado; 14) mercado nuevo y campanil; 17) *Rathaus* (Ayuntamiento)

el siglo XI; bastante claridad, sin embargo, en el X, y suficiente en el XII; volveré sobre esta «edad negra», precisamente en el momento en que, en todas las otras regiones, las ciudades se vuelven a levantar; por otro lado, esta documentación, a base de crónicas o edictos de la época de los Otones, diplomas y cartas de donación del siglo XII, ilumina esencialmente la estructura jurídica de la ciudad, los derechos de los habitantes, más que la vida diaria; en cambio, la arqueología urbana está muy desarrollada, y sus resultados suplen parcialmente al negro vacío del siglo XI, aunque hayan tenido que ser las desgracias de la última guerra las que han auxiliado a los investigadores. Es, de todas formas, útil recordar que los textos, al emanar de la autoridad superior o bien por delegación inmediata, quizá fuerzan, en cierta manera, la impresión «voluntarista» que de ellos se desprende. Parece sin duda difícil admitir que los Otones hayan concebido *in vitro* la división en *Sifflsstadt*, *Bischofsstadt* o *Kaisersstadt*, que harán más tarde la felicidad de los tipólogos. En cambio, los diplomas otorgados en el siglo X, por ejemplo en Colonia, Ratisbona, Verdún, Bonn, Aix, Maguncia, Trier, Worms, Spira, Metz y Toul, y a principios del siglo XI en Würzburg y Magdeburgo, que conceden a estas ciudades moneda, mercadería, exención de tónico para sus comerciantes y el derecho de construir murallas, no son solamente suposiciones; por el contrario, son testimonio del control, por lo menos de principio, que tenían los Otones sobre esas ciudades.<sup>79</sup> El hecho es todavía más interesante, teniendo en cuenta que estos príncipes, como los Salios más tarde, o como los Carolingios antes, no gustan de residir en ciudades: se les encuentra en Goslar, Tilleda, y habrá que esperar a los Hohenstaufen para que el *palatium* vuelva a instalarse en la ciudad, o esperar a príncipes de alto rango, como los Jasomirgott en Viena.<sup>80</sup> Sabemos que esta política del siglo X no se basa en un interés económico. En estas ciudades enumeradas no está el príncipe, pero el obispo lo representa con sus *ministeriales*, con armas o sin ellas, y esta columna del sistema de los Otones no tiene nada que ver con el papel de los obispos en Italia. Si observamos los textos del siglo XII, tenemos la misma impresión de intervención, esta vez para otorgar franquicias a las comunidades de habitantes y para regular las condiciones para presentarse al tribunal del conde o del prelado; esta vez, no siempre es el emperador quien habla: ya desde Enrique V, numerosos príncipes territoriales como los Zähringen, aunque con licencia imperial, otorgan franquicias y nombres a los *burgenses*, en ordenado gótico: Friburgo, Estrasburgo (1105 y 1130), Spira (1111), Worms (1115), Friburgo de nuevo

(1120), Ratisbona (1156), Augsburgo (1157), Lübeck (1159 y 1188), Colonia (1112 y 1143), Hamburgo (1189).<sup>81</sup>

b) Bajo esta cubierta jurídica, ¿qué encontraremos? Como siempre y en todas partes: los *autóctonos*, los inmigrantes, los comerciantes. Pero los matices alemanes no son de poca importancia. Lógicamente, será en especial en el marco de las *civitates* romanas donde se encontrará a los primeros, o bien en las ciudades dominadas más tarde por un obispo, las *Bischofsstädte* de Planitz: esos *familiares* o *ministeriales*, encargados de las tareas domésticas de administración, y más tarde de defensa, hasta el punto de que se les llamará *milites*, no tendrían nada de particular si no pudieran deducirse de ellos tres particularidades. Por de pronto, llegaron muy pronto a tener, en el interior de la ciudad, importancia en el campo de la justicia: antes incluso de 1105, en Bonn, en Colonia, en Halberstadt, quizás a causa de las instituciones de paz, participan en los tribunales que se encargan de cuidar de la aplicación de las *Landfrieden* (*Burnial*).<sup>82</sup> De ahí a tener un papel en las asambleas de justicia ordinarias, en los *placids* urbanos (*Bauding*), no hay más que un paso que se da pronto: sólo es necesario demostrar que se posee una residencia y propiedades territoriales por valor de un marco (Trier, 1180). Los casos que podrían tener interés propio para ellos se resuelven por arbitraje, bajo la capa de un *advocatus* o de *vir hereditarius*: se tienen ejemplos de ello en Magdeburgo, o en Goslar, en Constanza o en Colonia en el siglo XII.<sup>83</sup> ¿Serán también artesanos, o en algunos casos campesinos? No lo sabemos, pero un segundo rasgo, estudiado recientemente por Strait, para Colonia, ilumina otra parte de su fisonomía: «<sup>84</sup> están reunidos en parroquias; en Verdún, en Colonia, incluso más al oeste, los miembros de un barrio se agrupan bajo un *burmeister*; eligen al párroco, aseguran la guardia de las puertas o de la parte de muralla cerca de la cual viven, son responsables entre ellos de la tarifa de impuestos locales y al producirse la primera insurrección en Colonia, la *Mutterstadt*, en 1074, no se trata, según dicen Steinbach y Strait, de una «revolución», es la toma de conciencia de los elementos diversos que constituyen la *civitas*.<sup>85</sup> No tenemos más remedio que pensar en las *consorterie* italianas, sobre todo teniendo en cuenta el tercer rasgo: en el interior de estos barrios o introduciéndose en varios de ellos irregularmente, los *Geschlechter* de linajes, los «parajes», como se les llamará en Metz un poco más tarde, tejen en la ciudad la malla de sus clientelas.<sup>86</sup> Los extraños de la masa de *ministeriales*, de los *milites*, y si no fuera por la fuerza de la autoridad local aparecería con ello una coyuntura de

lucha social, que desde luego más tarde, en el siglo XIV, dividirá la ciudad alemana.

c) Los inmigrados parecen tener a primera vista menos importancia. Sin embargo, en Alemania es donde surgió primero y donde más se comentó el refrán *Stadt Luft macht frei* (el aire de la ciudad nos hace libres).<sup>57</sup> Según podemos actualmente fijar sus bases, esta proposición no tuvo forma legal hasta mucho más tarde, pero en la práctica, en el siglo XII atrajo a la ciudad, seguramente al deshacerse el sistema económico de la *villicatio*, a gran número de campesinos sin trabajo. También esta vez, la intervención de la autoridad pública otorgando la supresión de las *corvées*, y las exenciones de tonelco a los recién llegados, como en Goslar y Magdeburgo, favoreció el desplazamiento de los campesinos hacia la ciudad. Sin duda alguna, los soldados, los comerciantes y los domésticos de los poderosos, no bastaban tampoco, en la orilla derecha del Rin, para hacer una ciudad; era necesario que hubiera gente venida de otros puntos. Pero, aparte esta constatación, por lo menos hasta las inquietudes del siglo XIII, los textos están mudos.

d) Hablan, sin embargo, de los *comerciantes*. Pero, como ocurría también anteriormente, primero bajo un aspecto teórico en gran parte: en Alemania, más que en los Países Bajos, nació la idea de un derecho peculiar de los mercaderes y fue codificado como tal, *ius mercatorum, jus negociale, Kaufmannsrecht*,<sup>58</sup> en efecto, se encuentran en Bonn o Constanza antes del año 1000 algunas indicaciones de reglamentación especial; en particular, se tienen pruebas de la existencia de una jurisdicción reservada a la gente de negocio, *iudex fori o magister* en Bonn o Andernach, *prepositus mercatorum* en Colonia en el siglo XI, *Hausgraf* o *Wirkgraf* en Ratisbona y Minden en el XII.<sup>59</sup> En esta época ya se convirtió en regla el confiar a un agente público el cuidado, el *magisterium*, de vigilar el establecimiento, en una calle, de un recién llegado: en Treveris, Metz, Basilea, Estrasburgo, el *magister fori* designa los puntos de venta, el lugar para los mostradores, controla los precios y puede incluso, como en 1103 en Colonia, excluir a un grupo determinado, o en 1106, asignar a otro grupo un servicio de guardia.<sup>60</sup> Los comerciantes son claramente, como dice un texto romano, *certi, banales et publici*. Si no lo hace el obispo, será el conde como en Magdeburgo, Merseburgo o Halberstadt, incluso el emperador mismo en Erfurt, Fritzlar o Wurzburg quien se ocupará de ello; ocupación, por lo demás, remuneradora, porque la autoridad cobra muchos impuestos sobre el barrio nuevo, el *Neumark*: hay pruebas muy antiguas sobre ello, 973 en Merseburgo, 1000 en Colonia.

Al leer estas líneas se podría creer que el comerciante estaba muy atado: en realidad esta protección, muy pesada, ha sido pedida por él, gracias a ella consigue un control sobre el campo llano cercano, exenciones en los toneles, como en Coblenza en 1104, o de Bannvino (Spira, 1111; Estrasburgo, 1119), o bien presiona sobre un señor más débil, por ejemplo el abad de Reichenau, para obtener el control del peaje (1075, Allensbach; 1100 Radolfzell); obtiene también en contrapartida su propio control sobre los mercados, incluso sobre las cecas; que bien es verdad esta última y enorme concesión es de las más tardías; exceptuando el caso de Spira en 1111, sólo se encuentra al final del período: Colonia (1174), Lübeck (1181), Hamburgo (1189).<sup>61</sup> Un último signo de su fuerza: sus iglesias particulares en los *wik* y los burgos donde habitan, y ya desde el siglo X, como en Erfurt o Magdeburgo.

Pero estos tres elementos casi tradicionales y que ya hemos encontrado anteriormente, se combinan entre sí de tal forma, en el inmenso territorio del Imperio, que me expongo a simplificar la estructura social de las ciudades si me limito a ellos. Hace falta más perspicacia, y sobre todo en las descripciones de los grupos de hombres de ciudad: porque los *mejores*, los *primores* como se les llama en Toul en 1069, en Colonia en 1074, en Ratisbona en 1080, no son miembros de la aristocracia como en el Languedoc o en otras partes; son comerciantes, por lo menos si estamos en una *Wikstadt*, una *Bischofsstadt*. Si se trata de una ciudad nueva, y una *Wikstadt*, estarán bajo el control del príncipe y serán simplemente *boni homines, burgenses*.<sup>62</sup> En cuanto a los hombres de armas, se ve claramente que poseen a menudo bienes en el campo, feudos, o alodios incluso, que en su tremendo interés por clasificar, los teóricos de los «Espejos» del siglo XIII llamarán *Sonnelien*, feudos de sol. Se han podido estudiar para Metz, Münster, Görlitz; pero no se trata de *nobiles* o de *magnati*, sino de *ministeriales, milites*, porque en la ciudad su actividad consiste en un servicio, un servicio de armas. Desde luego, algunos linajes llegan hasta el «patriado», como se acostumbra decir erróneamente, en vez de *meliorado* como propone más ajustadamente Planitz: *virii hereditarij, potentes*; pero la aproximación de estos dos grupos, que a menudo se aseguran la continuidad del poder municipal durante cuatro generaciones o más, como en Lübeck, Estrasburgo, Soest, tiene más bien el aspecto de una dominación económica que de una asociación jurídica; son «clubs para ricos», como se les llama en Ulm, *Richerzech, Stuhengesellschaft*.<sup>63</sup> Y si se levantan torres en algunas ciudades imperiales, no siempre es fácil conocer su ori-

gen: nobles o comerciantes, como en Basilea, en Meiz, en Ratisbona, en Franelfort, en Tréveris, en Maguncia. Ahora bien, también entran igualmente en estos clubs los maestros de gremios: ellos, que salvo casos excepcionales se ven reducidos al papel de fuerzas auxiliares, en cambio se admiten fácilmente en Alemania en primera fila, en especial los que tienen oficios de importancia, «los oficios grandes», bandidos de moneda, armadores fluviales, herreros. En resumen, el grupo dominante aparece más amplio y diverso que en otras regiones, y de la desigual contribución de cada uno de los elementos a la emancipación urbana, surgen los «casos». ¿Qué encontramos por debajo? ¿La *pestilens multitudo*, como dice un cronista del 1160, la *plebs pauperum*, los humildes, los *Munimantem* y también los que andan errantes, los que no tienen alojamiento, *inhabitatores*, *Hintersassen*? Todos estos no cuentan. Por lo menos es lo que creen los otros, en Lübeck o en Colonia, pero les espera un mal despertar. Las responsabilidades municipales los apartan, tanto del *Rat*, surgido a la vez de las *conjuraciones* de principios del siglo XI (1106 Colonia, 1109 Halberstadt, 1120 Friburgo), como de las jurisdicciones de paz desarrolladas por Barbaroja. Todo lo que se refiere a la justicia o a la fiscalidad está completamente en manos de los *meiores*: el *Vogt* para la alta justicia del conde o del obispo, el *Schultheis* de baja justicia, la acuñación de moneda por un maestro, el control de los pesos por los rectores, la organización de milicias por el *burgerat*, incluso la organización de los gremios y las condiciones de remuneración de los mozos (*Knechten*).<sup>94</sup> Tengo la impresión de que existe en la ciudad alemana una separación más clara entre dominantes y dominados, un grupo superior más amplio, más fuerte, y también más cerrado.

e) Quizá se encontraría en esta *complejidad* del elemento dominante una de las explicaciones de las estructuras topográficas, mucho más confusas, en general, que en el oeste o en el sur. En el norte de Francia, en Italia, en el Languedoc, se ve al *castrum*, la ciudad antigua, y al burgo comercial, encerrados en la misma muralla más o menos rápidamente; en Alemania —y eso es lo que nos permite creer en las clasificaciones de Planitz o de Ennen, y más recientemente de Cuvillier<sup>95</sup>— los núcleos están más marcados, y a veces incluso sin unión: al examinar una estructura como la de Magdeburgo, Wikstadt, antes de que fueran sede episcopal, entramos aislado al wik, nacido alrededor del puente carolingio del siglo IX, un poco más al sur el *burg*, convertido en palacio en 937, y hacia el norte un mercado flanqueado por una *Neustadt* (ciudad nueva) del siglo XIII, al sur las *curtes* ocupadas por los conventos,

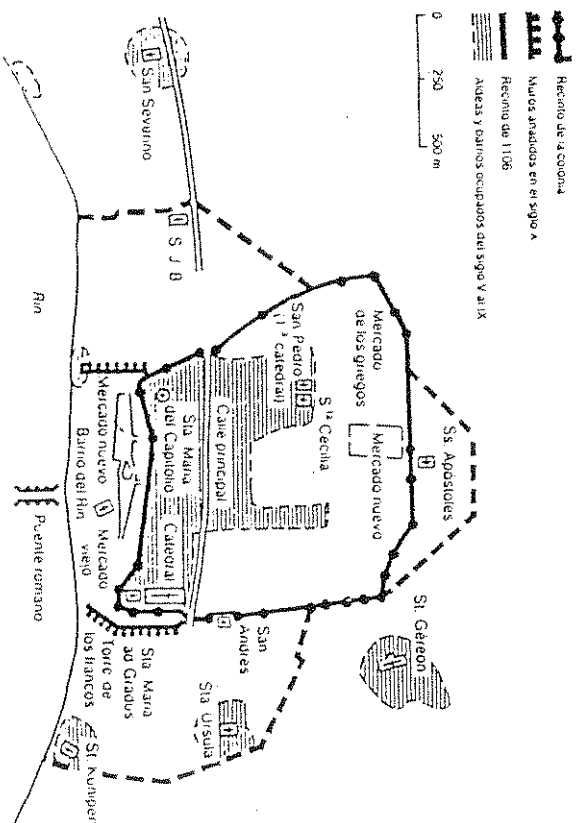


Fig. 25. Ciudades de Alemania. Colonia.

y aún más lejos el grupo catedralicio de 962-1068 y el barrio judío. La misma estructura dispersa y polinuclear en Hildesheim: el Dom-burgo de 815, el Markt de los otones, una *Altstadt* (ciudad antigua), de 1125, y una *Neustadt* de 1215, pero cada núcleo es independiente. Las mismas observaciones valen para Soest, Bremen, Hamburgo, y las fusiones son más lentas (1188 en la última citada).<sup>96</sup> No se puede suponer que son casos debidos a su origen comercial, porque las antiguas *civitates* presentan la misma imagen: Ratisbona con la *Castrum Regina* romana, con la *civitas* de 795, pero en cambio el palacio carolingio al noroeste, y más lejos, hacia el norte, el mercado cerrado de 917 (*Haidplatz*). Colonia con el centro catedral del IX, una *Vorstadt* comercial en las orillas del Rin, el *burg* de Deutz, al otro lado del puente construido en 1002, los barrios monásticos de San Kunipert, Sanat Ursula, San Gereon, San Mauritio, San Pantaleón reunidos por una muralla en 948, y más tarde por otra de 1106, que se extienden hasta el otro lado de la muralla de la ciudad, tardía, de 1180.<sup>97</sup> En Lübeck la cosa no es tan

sencilla porque la creación de 1158, a partir del «Viejo Lübeck» fortificado por Adolfo de Schauenburg, y de una «Löwenstadt» de Enrique el León, se hizo a base de una yuxtaposición de burgos poblados de colonos de actividades y procedencias diversas: ya en 1161, al nacer la *universitas mercatorum imperii*, la Hansa, y más tarde, en 1201, en el momento en que se crea el *Rat*, se alianean de norte a sur el *Burg* de Adolfo, el barrio de los conventos, *Kloster bezirk*, el de los comerciantes sobre el Trave con el cambio, el de los artesanos sobre el Wakenitz, el *Burg* del León, el mercado de la sal, el Domburg, separados todos entre ellos, hasta el cierre por las murallas de 1230» (v. p. 1037).

6. *Los países del mar frío.* a) Hamburgo, Bremen, Emden, Lübeck son ciudades alemanas. ¿Es razonable apartar de ellas a las ciudades danesas vecinas, separadas de ellas solamente por unas cuantas leguas? Desde luego. La estructura social escandinava prosiguió durante mucho tiempo distinta de la de Germania y la evolución urbana no pudo haber seguido los mismos caminos. He hablado anteriormente del papel absolutamente especial que tuvieron en el siglo X las ciudades campamento, entre las cuales una de las más vastas fue Trelleborg, en la isla de Seeland. No se encontraría nada parecido fuera de la zona escandinava. Inversamente, los establecimientos que aparecen sin carácter preponderantemente militar, son los almacenes factoría: en ellos, como máximo, los extranjeros se protegen mediante empalizadas, como los frisones o los escandinavos en la costa sur del Báltico en el Viejo Lübeck, o en Jume, Herbord o «Dorstedt» (Duurstede) en la desembocadura del Rin; aparecen en estos casos largas calles de chabolas a la orilla del agua, 4 km en Jume, 3 en Duurstede, donde todas las razas están mezcladas.<sup>70</sup>

En la parte realmente escandinava, es más difícil conocer las etapas de la formación y los núcleos sucesivos de Birka o de Sigetuna, en los asentamientos de Estocolmo, de Tönsberg en el fiordo de Oslo, de Aarhus, Ribe o Aalborg en Jutlandia.<sup>70</sup> El caso de Håitabu, antes de su destrucción en 1066, es el que parece más instructivo y se le compara a menudo con Birka: el núcleo comercial se desarrolló bastante más al sur de una fortaleza, que parece además un lugar venerado; el desarrollo se hizo por pequeños núcleos, alrededor de las sepulturas de los antiguos jefes, en el momento de la cristianización, entre 948 y 1010 o 1020; la iglesia se construyó fuera del dique de tierra que rodea el barrio del mercado; el *burg* mismo está también aislado. Los únicos elementos

que podemos admitir que contribuyeron a la toma de conciencia «urbana» se refieren a la sociabilidad de sus habitantes: el *thing*, es decir la asamblea de comerciantes y jefes, parece que fue más importante, en este aspecto, que la instalación de la sede episcopal, tanto en Viborg como en Roskilde o en Rongstede. No aparece ni el grupo catedral ni el *burg*, para concentrar la población, y podemos considerar, por ello, que hacia 1150-1175 quedan aún 5 o 6 «ciudades» en Dinamarca, pero no ya al otro lado de los estrechos. Ésta es una de las grandes paradojas del norte de Europa, que con su enorme actividad de intercambio se convierte en un gran centro comercial y, en cambio, presenta un tejido urbano de carácter rudimentario.

b) *Inglaterra*, como siempre original y próxima a la vez, es el país que se encuentra ahora en mi camino: «melting pot». De los asentamientos romanos, modestos y reducidos al *castrum* en general, al «cester» de la más alta Edad Media, que volvieron a ser ocupados, sin embargo, por los jefes sajones, quizá porque al proceder del litoral frisón o del Schleswig, les era más familiar la vida en grupo que a otros germánicos: los *terpen* de la costa les habían obligado a amontonarse en los puntos sin humedad.<sup>71</sup> Por ello, en el momento de la cristianización, los cementerios sajones paganos y la catedral se sitúan dentro de los viejos muros del Bajo Imperio; Rochester, Dorchester, Winchester, Worcester, Leicester, o los emplazamientos bretones York, Londres, Saint-Alban, Canterbury. Así pues, existen *civitas* como en las Galias; ¿no hará falta más que esperar que lleguen los guerreros y los comerciantes? No es así, porque los primeros, controlados por los reyes —lo que nos obliga a pensar en Germania—, están instalados en los *burhs* o en los lugares de defensa: Southwark, Oxford, Wallingford, Hereford, Lydford, Stamford; los segundos, desde el siglo VIII, escogen emplazamientos nuevos, como los escandinavos, que llaman *-wik* o *-tun*: Ipswich, Sandwich, Fordwich, Hamvick que se convirtió en Southampton, Dover, etc. No es que los tres elementos permanezcan aislados: Alfredo el Grande en el siglo IX y los reyes daneses del XI, hicieron lo posible para que se cercaran los núcleos dispersos: en Norwich, Nottingham, Warwick, Colchester. Pero en otras ciudades, y no de las menos importantes, no se realiza la concentración: Londres es el ejemplo más significativo, ya que el barrio de la catedral de Saint-Paul permanece aislado del *wik* comercial por el ancho espacio de la Cornhill, y el *castrum*, reedificado por Guillermo con la Torre, también está aislado. Los restos de la mi-

falla romana prácticamente no volvieron a ser utilizados hasta el siglo XIII.<sup>102</sup>

Al contrario de la mayor parte de las regiones desiertas, quizás a excepción de España, la vida urbana inglesa sufre el desastroso resultado de los contactos guerreros exteriores. Aunque la historiografía inglesa discute este punto, como también otros, de la conquista de Guillermo, parece indiscutible que la instalación de los Normandos, y más tarde de los Angevinos, tuvo una terrible influencia, y durante mucho tiempo, sobre la ciudad inglesa; crisis material por de pronto, y de la que podemos calcular la importancia en el *Domesday Book*: los 1320 fuegos de Norwich descienden a 665, y de estos, 480 insolventes; los 970 de Lincoln se convierten en 490, con 166 de ellos arruinados.<sup>103</sup> Sobre todo, la presión real se hizo agobiante: ¿se trataba de domeñar los elementos, que desde luego se tiene la impresión de que resistían mucho más que los campesinos a la invasión? Quizá la multiplicación de los castillos en plena ciudad sería testimonio de ello. ¿Desconfianza o fisco de encastillamiento sistemático?<sup>104</sup> ¿O bien se trataba de apropiar las cantidades necesarias para reequipar las campañas militares? Las cifras de los contratos sobre granos o sobre vinos son muy fuertes para el siglo XI: 300 libras en Londres, 100 en York o en Lincoln, de 70 a 85 en Colchester, Wallingford, Chester, Chestor, etc., lo mismo que las tasas privadas que se cargan a los burgueses; en Hereford, por ejemplo, 10 sueldos para el *relief*, 20 en caso de segundo matrimonio de una viuda, 40 sueldos por fuego (se trata de una especie de impuesto de capitación). La generalización del *reeve* (magistrado) en las ciudades y en los *burhs*, permitió al rey o al conde controlar estrictamente la ciudad.

Este período de represión, que no podemos dejar de pensar que influyó negativamente en la expansión danosajona, tuvo un resultado positivo como fin. Orientó hacia el continente el dinamismo inglés, aunque de esto no tengo yo que tratar, y también enmarcó y apoyó la concentración de los trabajadores. La ciudad inglesa se convierte, más que muchas ciudades del continente, en una ciudad de artesanos, y en esto se le puede encontrar un lejano parecido con las modestas ciudades de Dinamarca, o aquellas ya más evolucionadas del noroeste de Alemania: Winchester y Southampton, York y Lincoln, Londres y Rochester forman grupos económicos en los que se reparan, a varios niveles, el trabajo de la lana y del metal. Seguramente este artesanado, igual que las ferias que lo

acompañan, está apoyado por no residentes, según podría deducirse de la concentración de las especialidades en las calles más allá de las puertas de la ciudad, como ocurre en Bristol, Winchester o Londres.<sup>105</sup> Pero pronto los reyes apreciaron el interés económico de este dinamismo; ya desde Enrique I, y sobre todo desde Enrique II, las exenciones se multiplicaron, así como los privilegios de las «Childes»; se podría llegar a hablar de una política real entre 1125 y 1150, una voluntad de desarrollar la actividad urbana con finalidades de intercambio, y no puede dudarse de que la unión de ambos lados del Canal, bajo una misma dominación, durante ciento cincuenta años y la extrema abundancia de liquidez demostrada tanto por la construcción de iglesias como de castillos e incluso de ciudades —Caen, Dieppe, Valogne— tuvieron una gran importancia. York dobla su superficie, Londres mordisquea las zonas rurales más allá de la muralla romana, Norwich cuenta con 25 parroquias a fines del siglo XI. Todos estos rasgos, aunque en realidad tardíos en relación con la mayor parte de las regiones europeas, atestiguan una vitalidad capaz de detenerse, en el siglo XIII y pasado este, sin ningún esfuerzo, de la competencia del continente.

7. *La masa eslava.* En general, me he limitado a tomar del mundo eslavo únicamente lo esencial de lo que su historia podía aportar a la de Europa occidental, en especial por el hecho del poderoso empuje alemán hacia el este. Ésta es la razón por la que debemos presentar la ciudad eslava; otra razón me empujaría también a hacerlo de todas formas: los extraordinarios descubrimientos de la arqueología urbana polaca en Biskupin, Gniezno, Opole, Gdansk hacen palidecer de envidia incluso a los excavadores belgas de Amberes o de Bruselas. Por añadidura, los investigadores checos y polacos son casi los únicos de nuestro continente que hayan conseguido proponer, para la formación de las ciudades europeas, unas etapas de desarrollo convincentes, y aunque no se trata de comparar Praga o Cracovia, en el año 1200, con Florencia o Colonia, la claridad del croquis merece presentarlo en sus rasgos esenciales.

Es probable que el *oppidum* tribal donde residían el jefe del clan y sus familiares haya constituido el primer punto de arraigo de la población de la ciudad; los vendedores de metales y de tejidos que la nobleza guerrera reclama, se mezclan con los campesinos llegados para vender sus excedentes agrícolas, en primer lugar destinados a estos mismos nobles, y que más tarde, a mediados del siglo X, se establecerán al pie del lugar fortificado;<sup>106</sup> así nacirá



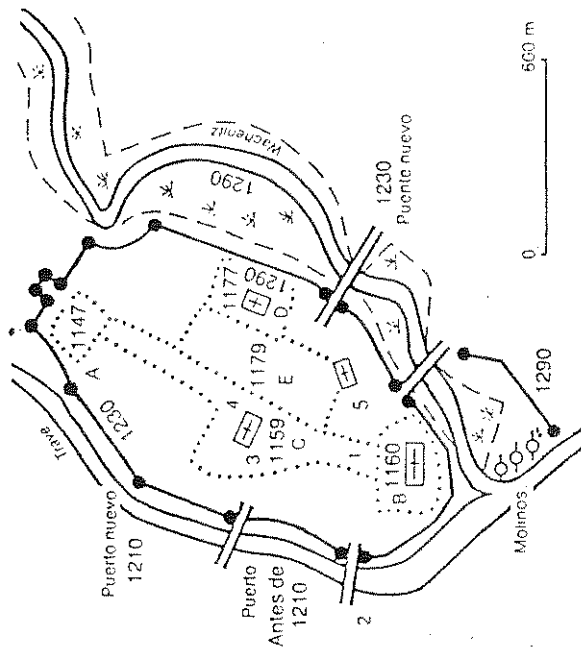


FIG. 26. Ciudades de la Europa lejana  
Lübeck

- A) castillo de Adolfo de Schauenburg; B) patio arzobispal; C) mercaderes;  
D) convento de San Juan; E) artesanos  
1) primer mercado de la sal; 2) segundo mercado de la sal; 3) cambio;  
4) Santa María; 5) Saint-Gilles (1227)  
(Según el grabado de WESTERMANN, *Atlas zur Weltgeschichte*, Berlin, 1956, p. 79)

una aglomeración, estrechamente ligada a la residencia de la sociedad noble, y que no aparece como un *portus* sobreimpuesto a una campiña indiferente a él. Los textos latinos lo llaman *villa forensis* o *suburbium*, en particular si los intercambios ofrecen productos de lejana procedencia; el *forum* está al pie del *castrum*, y naturalmente tienen importancia las palabras locales: la *gorod* o *gród* incluye el *ivertic*, y el *ryneck* el mercado cercado (¿del alemán *ring*?).<sup>107</sup> El movimiento fue quizá más precoz en Bohemia y entre los polabos que en la gran Polonia, o en Moravia o Pomerania. A veces es más complejo: en Praga, desde 965, hay por lo menos dos *castra*, Hradčín y Vischrad; pero en Cracovia (Krakow), el *burg*, el Wavel, permanecerá hasta el siglo XIII alejado del *suburbium*. En general,

estas aglomeraciones, Stradovv, Leczyca, Gniezno, Szczecin son modestas, menos de 1 ha y 160 casas en Opole. 2 ha y 200 casas en Gdansk, 8 ha en Cracovia con 500 casas por lo menos. A esta primera fase parece que la siguió en la segunda mitad del siglo XI y a principios del XII un período autoritario, tanto de incautación de tierras por la nobleza local como de replegamiento hacia la ciudad, quizás a la fuerza, de numerosos campesinos. La repartición de estos inmigrados parece haberse efectuado, como en determinadas partes de Alemania, mediante la intervención pública (será el papel del *Stadtrichter* en la Silesia germanizada).<sup>108</sup> Aparece una clara especialización por barrios, más que en Alemania e igual que en Inglaterra o los Países Bajos; herreros, vidrieros, alfareros, taberneros, y más tarde en otro nivel, judíos, alemanes y valones, se establecerán en el siglo XII alrededor de una *curia* señorial;<sup>109</sup> en particular ocurre así si se trata de un núcleo rural noble, a veces eclesiástico, y que más tarde se encontrará encerrado en una muralla más amplia: el ejemplo de Cracovia en el siglo XII es clarísimo a este respecto, porque el conjunto del *castrum*, el Wavel, tiene 6 iglesias como puntos de arraigo, el *burgus* a sus pies y cerca del río, que serán 7, y el *suburbium* más al norte, 8.<sup>110</sup> Sobre Praga podemos hacer las mismas observaciones: en la orilla izquierda del Moldava, el Hradčín con el burgo de San Nicolás, el grupo catedralicio, el *suburbium* alemán y la *curia* de Strahow (1140); en la orilla derecha, el Vischrad aislado al sur, el barrio alemán del Teynhof, el barrio judío con el *ring* entre los dos y la Altstadt, núcleo rural primitivo. Formación regular, lenta, original en más de una característica y que oponiendo, más que completando, la ciudad con el campo, me lleva bastante fácilmente a abordar este último punto.

### C) ¿HAY UNIFORMIDAD URBANA?

Esta pregunta, después de haber consagrado tantas páginas a demostrar las diferencias, para decirlo de una forma suave, parecerá un absurdo. Sin embargo, el lector habrá visto surgir en las estructuras urbanas elementos comunes, palabras parecidas, reacciones paralelas; y muy pronto, al buscar un rasgo común a las ciudades, una forma de ser que distinguía de los campesinos a la gente de ciudad. Ha llegado el momento de demostrar esta apreciación, de León a Cracovia, de York a Nápoles.

Obligado a limitarme a antes del 1200, muchos rasgos urbanos inexistentes en el campo del siglo XIII me están vedados, y tampoco puedo utilizar una documentación que deja de ser anémica cuando aparecen situados el *echevinage* o el *Rat*, las murallas y las milicias, 1180 en los puntos más precoces. Eliminaré, pues, voluntariamente dos sectores de investigación que dependen, en el siglo XII, del estudio de los orígenes: en primer lugar, la organización administrativa, la estructura jurídica del cuerpo urbano. Adrede mezclé anteriormente *commune* y comunidad aldeana: no existe diferencia en su naturaleza, ni tampoco de palabra. La justicia urbana, la asamblea de los *burgenses*, las *cojuraciones* de gremios, el ban territorial sobre el que se extiende el *ius commune*, la cooptación el peso de los más ricos, la presencia del *burgus*, ¿son todos ellos elementos que no se encuentren también en el campo? ¿Se trataría de una cuestión de volumen? ¡Qué poca diferencial! París debe de alcanzar las 250 ha, como Colonia y Tréveris; Bolonia, más de 100 a fines del siglo XII; Florencia o Londres, 75; Metz 70, como Brujas; Bruselas 80, como Lovaina o Lübeck; ¡pero cuántas ciudades minúsculas, de nombre glorioso a pesar de todo! Génova una veintena, Cracovia menos de 10 ha, Proviens algo más de 3. Las aldeas de la misma época, contando desde luego solamente la superficie construida, alcanzan fácilmente las 5 ha, y mucho más en regiones de hábitat globular.

1. Parece mejor observar el aspecto exterior del tejido urbano: ¿murallas y torres? De acuerdo, pero ¿y los castros italianos o del Languedoc? Los incendios constantes de las ciudades del siglo XII atestiguan una mayoría de casas construidas en madera (solamente en Chartres, destrucciones masivas en 1134, 1178, 1188, 1194); en la zona mediterránea ocurre lo mismo (Barcelona, 985), y no olvidemos las destrucciones de Opole, descubiertas en Polonia, o las de Amberes.<sup>111</sup> Probablemente existen algunas casas talleres, con piedra en su basamento, pero lo mismo ocurre con la herrería aldeana. Podremos decir únicamente que ha sido más fácil en la ciudad, por lo menos en las zonas romanizadas, recuperar de las ruinas romanas material para construir puentes, torres (ya antes del año 1000 en Verdún, Dinant, Lieja y Namur).<sup>112</sup> Respecto al tamaño de las casas, parecen más bien de modestas dimensiones, inferiores a las del campo.<sup>113</sup>

Constataciones negativas en ambos puntos. Sin embargo, no hay duda de que los contemporáneos distinguían la ciudad de la aldea. Puesto que no se trata del tamaño, ni del aspecto, ni de la estruc-

tura, habrá que buscar otros caminos; me parece que se observan dos.

2. En primer lugar, únicamente en la ciudad se encuentra aquello que la economía rural no podría ofrecer al comprador, de la categoría que sea: el cuero labrado, el mueble de precio, el tejido de calidad y el tinte raro, la joya y también, desde luego, más modestamente, el vino, el algodón, la carne de buey, o la pesca salada. Si no fuera por esto, no se entiende porqué el capitulo general del Cister habría autorizado a sus monjes romper la clausura para recorrer la ciudad. Es, pues, a la vez la diversificación de su artesariado y su apertura comercial hacia el exterior, lo que da a la ciudad, en todas partes, su identidad. No creo que sea necesario recordar que, ya desde el siglo X, la especialización de este artesariado o de esos intercambios marca la topografía urbana: calle de los carniceros, en Winchester; calle de los molineros, en Pavia; calle de los pescados, en Colonia; calle de los judíos, un poco en todas partes;<sup>114</sup> si hablamos de mercados, el de hierbas, del pescado, de la sal, de las telas, del aceite (no tenemos más que recordar tantos nombres que subsisten aún en la topografía urbana), su abundancia no tiene comparación con el mercado aldeano, donde dominan las aves de corral, el grano y las madejas hiladas. Tampoco se trata de una cuestión de dinero, porque el herrero y el monasterio prestan dinero, y el judío pasa a recoger sus intereses; no hace falta ir a la ciudad para eso. Esta característica, única de la ciudad, tiene un efecto social considerable, pero del que no se ve todavía el resultado en 1200: la división del trabajo, base del desequilibrio del sistema de producción señorial, solamente se encuentra en la ciudad. Es, pues, realmente en el marco urbano donde tomará cuerpo la enfermedad que acarreará la destrucción de la «sociedad feudal».

3. Para mal o para bien, la ciudad se separa del campo por que sustituye poco a poco, muy tímidamente aún en el siglo XII, el papel de los señores de los tiempos antiguos. Nacida de la *infracción del esquema trifuncional*, sin poderla definir más que al margen de la sociedad conservadora y consumidora, y contra ella por su espíritu de empresa o de rebeldía, la ciudad encarna, desde el siglo XI, la célula maligna que se creyó al principio que se podría dominar aislandola. Para el historiador de nuestra época, que juzga, bien es verdad, *a posteriori*, era una esperanza vana: el siglo XIII ve cómo la ciudad, ya segura de su supervivencia, invierte el curso tradicional de la historia. Ahora que los señores se han instalado

cómodamente en las aldeas, empieza a explotar en su lugar el campo, y a mi modo de ver es de la piratería de donde saca la ciudad su carácter original. No actúa aún, desde luego, con la insolencia de los burgueses del siglo xiv al xvi, pero se pueden descubrir las premisas, con ciertos aspectos ya muy visibles. Primero, el entendimiento con la aristocracia territorial, más con la laica que con la de Iglesia: se ha observado a menudo que los grandes señores territoriales, dueños del suelo de la ciudad como del campo vecino, transigieron, antes que capitularon, en el movimiento del florecimiento urbano. La razón es que con ello encuentran ventajas: conservan el control de la moneda, siguen dominando a los judíos y a menudo a los gremios.<sup>112</sup> Son dueños del volumen de compras y ventas del campo vecino, continúan siendo los más fuertes en el aspecto militar. ¿Por qué oponerse, a cambio de liquideces sustanciales, a abandonar algunas ventajas de la justicia? Un rasgo conocido de la historia urbana son las concesiones hechas por el príncipe directamente, o a través de su representante, o por el canal de la inmunidad, de los *regalia*, que atraen a los *burgenses* por sus ventajas, pero que no hacen peligrar gravemente la autoridad del monarca: ya desde el principio del siglo xii, en el Languedoc y en el norte de Italia, pero también en Basilea, Saint-Omer, Arras, Gante.<sup>113</sup> Cuando Barbarroja quiso recuperarlos, se encontró con una insurrección urbana, general y violenta en Lombardía, que, como se sabe, no pudo vencer.<sup>114</sup> La ciudad pudo empezar a ejercer su fiscalidad y presión sobre el campo, en parte gracias al ban que ejercía sobre su *barlieue* (barrio exterior), su «*quintana*», su *distretto*, su *purchaine*, como se llaman según de los lugares de que se trate. Puesto que Italia es la que ofreció los ejemplos más precoces y más extendidos territorialmente, en este país interesó mucho el estudio del control financiero urbano sobre el campo: Fiumi y Gagese han demostrado que en el norte de Italia, desde 1139-1140, y para Volterra, Pisa, Siena, Lucca, Pistoia, etc., en 1155, 1162, 1168, los caminos que siguió esta fiscalidad galopante se diversificaron en grado extremo: <sup>115</sup> diezmos sobre los *pieve* rurales, tasas sobre los granos (*annuario*), limitación de posibilidad de exportación fuera del «*contado*» en determinadas épocas, desde luego en la de enlace entre dos cosechas de cereales (*divieto*), una imposición por cabeza o por hogar (3 sueldos en Pistoia), o por *allivment*, es decir calculada según la superficie de los bienes en explotación o sobre la cantidad de beneficios, declarados o calculados por estimación; no estamos todavía en el control catastral y verificación de mercancías o productos almacenados del siglo xiii, pero es el inicio de ello.

De todas formas, no es suficiente expoliar el campo: en su estudio sobre las relaciones comerciales de las ciudades del Languedoc real, A. Dupont demuestra que Génova y Pisa, por lo demás rivales sin posibilidad de entendimiento, explotaban sistemáticamente todo el litoral desde Niza a Almería, entre 1109 y 1175, no solamente a base de tratados aduaneros preferenciales u obteniendo exoneraciones de Saint-Gilles, Narbona, Arles, Hyères, Montpellier, Tortosa, Marsella, Mauguio, Tarascón, sino también llevando sus razas hasta los mercados rurales del Comtat, del valle del Durance o del Aude.<sup>116</sup> El apoyo del conde de Toulouse y de los príncipes de Barcelona, Ramón Berenguer y, más tarde, Guilhem VI, señores de Montpellier y más tarde condes de Provenza, llegó a conceder a esta empresa casi colonial una dimensión política y militar: se lucha en la rada de Marsella, en el puente de Arles, en las torres del Rosellón, en los «*fondaks*» cerrados de los italianos de Provenza. Cuando es necesario entregar una cantidad a estos nuevos señores, por ejemplo, en 1127, por el préstamo de una flota de genoveses para Barcelona, o en 1146 y en 1153, se dejan una parte de las rentas de la ciudad, o bien se entregan 17 000 marabotinos, y ya podemos suponer quién pagará en realidad. El caso del Languedoc es quizás exagerado. Más al norte, la presión es más discreta, aunque se siente: por un lado se inicia la atracción a la ciudad de una mano de obra rural no calificada y fácil de manipular: la lectura del cartulario de Saint-Vaast de Arras, a mediados del siglo xii, o lo que se conoce de los burgueses de Amiens y de Saint-Omer, demuestra que las *familiae* de las propiedades rurales se utilizaban según las necesidades, en la ciudad o en la aldea, y esto facilita o la inmunidad e Iglesia, o la conservación e incluso la compra, que se iniciará a fines del xi en Cataluña, y algo más tarde en Artois,<sup>117</sup> de bienes en tierras por los *burgenses*. Alemania presenta una particularidad que procede quizás únicamente de la naturaleza de nuestras fuentes; eclesiásticas y bastante precoces, muestran un aspecto, por lo demás poco conocido, de la incautación urbana: la apertura de mercados rurales bajo el control de la ciudad: <sup>118</sup> en un principio los ejemplos del siglo x son de Iglesia: Rorschach por San Gall (947), Allensbach por Reichenau (989), Wieslich y Weilheim (965, 1000) por Lorsch, Wasserbillig por Saint-Maximin de Tréveris (1000). En el siglo xi, son las ciudades mismas las que se ocupan; algunos casos precoces: Roncka (1004) cerca de Salzburgo, pero alrededor de Constanza, de Augsburg, de Ratisbona, y a lo largo del Rin, Estrasburgo, Spira, Worms, Maguncia, Colonia se esparcen más allá incluso del *Kreis* de su

ban. Sólo se trata, desde luego, de vender los productos del artesano urbano, quizá también de obtener a menor precio víveres y materias primas, pero ¿quién dejará de ver en ello la iniciación de un control de la producción, sometida de momento solamente a las necesidades urbanas, y pronto orientada por la ciudad en función de sus necesidades?

Así pues, la ciudad, tumor de poca importancia y muy olvidado durante mucho tiempo, lejos de reabsorberse en el tejido rural se hincha, y parece ganar terreno sobre el mundo agrícola, aunque en 1200 no suficientemente para que se la pueda considerar como un elemento social o económico de primer orden frente a la señora o frente a las roturaciones. Suficiente, sin embargo, para que se le dediquen estas largas páginas; así y todo, no he hecho alusión más que de paso al arma «total» que allí se forja y se concentra poco a poco: el dinero.

#### NOTAS DEL CAPÍTULO VII

1. La importancia de la ciudad es fundamental en la génesis de las economías para algunos autores que no son precisamente especialistas de la historia urbana. Véase: GREYSZTOR [901]; M. LOMBARO, L'évolution urbaine pendant le haut Moyen Age, en *Annales ESC*, XII, 1957, pp. 7-28; H. LUOFT, *Vorstufen und Entstehung des Städtewesens in Osturopa*, Colonia, 1955 y [700]; MASCIKE [701]; T. MAYER, *Studien zu der Angängen des europäischen Städtewesens*, Lindau-Constanza, 1957; F. ROBERT, *Die europäische Stadt und die Kultur des Bürgertums im Mittelalter*, Göttingen, 1964, 3ª ed.; L. ROSERO, *Ensayos sobre la burguesía medieval*, Buenos Aires, 1961, y *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, 1967; SCHLESINGER [704].
2. CIPOLLA [19].
3. ANSHANS [687], y del mismo, *Wie grosse war die mittelalterliche Stadt?*, en *Studium generale*, IX, 1956, pp. 503-506; DUPRÉ-THESSIER [692]; L. GÉRICOR, Les grandes villes de l'Occident en 1300, en *Economies et sociétés... Perroy*, Paris, 1973, pp. 199-219; JORIS [197], y del mismo, La notion de ville, en *Les catégories en histoire*, Bruselas, 1963, pp. 88-101; L. MUSORO, *La cité à travers l'histoire*, Paris, 1964 (trad. franc.); RESOUAKO [778], pp. 9-21.
4. Interesante ensayo sociológico de BAKER [688].
5. BRUHL [689]; ENNES [693] y [694]; LOPEZ [699] y F. LOT, *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à l'époque gallo-romaine*, Paris, 1945-1950.
6. BULLOUGH [690]; R. GRAND, La formation des villes au Moyen Age: individualisme ou association?, en *Journal des Savants*, 1947; LOPEZ [699]; J. C. RUSSELL, *Medieval regions and their cities*, Bloomington, 1972; A. SAPIORI, Villes et classes sociales au Moyen Age, en *Rapports du IX Congr. intern. des Sc. hist.*, Paris, 1950, IV.
7. POLY [82], pp. 5-12; TOUBERT [118], p. 367.
8. MAYER, *op. cit.*, n. 1.
9. Cf. *infra*.
10. LATOUCHE [30], pp. 243-270; MUSSERT, *Les invasions* («Clow», vol. 12 bis; hay trad. esp.), *op. cit.*, t. I.
11. FOSSIER [76], p. 244.
12. J. P. BOGNETTI, Problemi di metodo e oggetti di studio nella storia della città italiana dell'altomedioevo, en *Serriniani del Centro... di studi*, VI,

- Spoleto, 1958, Spoleto, 1959; LOMBARDO [698]; RENOARD [778], pp. 38 y ss.; L. SALVATORELLI, *L'Italia comunale dal secolo XI alla metà del secolo XIV*, Milán, 1949 (T. IV: *Storia d'Italia*); A. SAVORI, Caratteri ed espansione dell'economía comunale italiana; i problemi della civiltà comunale, en *Atti del cong. stor. per l'VIII.º centenario della prima Lega lomb.*, Bergamo, 1971.
13. SETAN [780].
14. LUZZATTO [774].
15. E. DUPRÉ-THÉSEDER, Vescovi e città nell'Italia precomunale, en *Atti del II.º congreso di storia della Chiesa*, Roma, 1964, Padua, 1964, pp. 55-109; HERLIHY [772]; VOLPE [783].
16. MOR [777], y del mismo, La politique de la maison de Souabe à l'égard des villes italiennes, en *La ville (Revue Soc. Jean-Bodini, VI)*, Bruselas, 1954, pp. 297-316.
17. BOGNETTI [766]; E. FIUMI, Sui rapporti tra città e contado nell'età comunale, en *Archivio storico italiano*, CXIV, 1956, pp. 18-68; VIOLANTE [782].
18. E. FIUMI, *Storia economica e sociale di San Gimignano*, Florencia, 1961; F. SCHEIDER, *Die Entstehung von Burg und Landgemeinde in Italien*, Berlin, 1946; G. SILVESTRELLI, *Città, castelli e terre della regione romana...*, Roma, 1970, 2.ª ed.
19. G. DUCHER, *Die Entstehung der lombardischen Sudtkommune: eine rechtsgeschichtliche Untersuchung*, Aalen, 1967; HEERS [233], pp. 166-173; G. LUZZATTO, Les noblesses; les activités économiques du patriciat vénitien (x.º-xiv.º siècles), en *Annales d'hist. écon. et soc.*, IX, 1937; C. STEFANI, Storia dei comuni di Garfagnana, en *Atti... de la dep. di storia patr. di Modena*, II, 1925.
20. P. BRAUNSTEIN y R. DELORT, *Venise, portrait historique d'une cité*, París, 1970; LUZZATTO, *op. cit.*, más arriba, n. 19; RENOARD [778], pp. 81-93; *Storia di Venezia*, Venecia, 1956-1964; F. THURIET, *Histoire de Venise*, París, 1965, 2.ª ed.
21. Los patricios: A. B. HIBERT, The origin of the medieval town patrician, en *Past and Present*, III, 1953, pp. 15-27; VOLPE [783]. Respecto a Milán: H. KELLER, Die soziale und politische Verfassung Mailands in den Anfängen der Kommunalen Lebens, en *Historische Zeitschrift*, CCCXI, 1970, pp. 34-64; VIOLANTE [782].
22. En general: HEERS [233], pp. 189-202; RENOARD [778], pp. 167, 231. Para Pisa: HERLIHY [772]; G. ROSSETTI, Histoire des familles, des structures sociales et politiques à Pise aux xi.º et xii.º siècles, en *Famille et parenté* [225], *op. cit.*; G. ROSSI-SABATINI, *L'espansione di Pisa nel Medioevo fino alla Meloria*, Florencia, 1938. Para Plasencia: P. RACINE, Cité et seigneur: Plaisance au x.º siècle, en *Economies et sociétés... Perroy*, París, 1973, pp. 98-107. Para Génova: R. S. LOPEZ, *Studi sull'economía genovese nel medioevo*, Turin, 1936. Roma: P. BREZZI, *Storia di Roma*, t. X: *Roma e l'impero medievale (774-1252)*, Bolognia, 1947.
23. HEERS [233], pp. 47-49; E. ROCCA, Palazzi e torri gentilizie nei quarteri della città medievale: l'esempio di Piacenza, en *Raccolta di studi in memoria G. Soranzo*, Milán, 1968; A. E. SAYOUS, Aristocratie et noblesse à Gênes, en *Annales d'hist. écon. et soc.*, IX, 1937.
24. A. DOREN, *Le arti fiorentine*, Florencia, 1940; HEERS [233], p. 189; LEICHT [774], y del mismo, *Corporazioni romane e arti medievali*, Turin, 1937; R. PISTARINO, Genova e l'Occitania nel secolo XII, en *Actes I Cong. hist. Provence-Ligurie*, 1964, Aix, 1966, pp. 64-78.
25. E. CRISTIANI, *Nobiltà e popolo nel comune di Pisa dalle origini del podestariato alla signoria del Donoratico*, Nápoles, 1962; LUZZATTO [735]; MOR [777]; VOLPE [783], y *Studi sulle istituzioni comunali a Pisa...*, Florencia, 1970, 2.ª ed.
26. RENOARD [778], pp. 46, 153-155, 167, 233, 294, 382, etc.
27. Cf. *supra*, tomo I, y n. 1, y CRISTIANI, *op. cit.*, n. 25; DUPONT [835]. Más en especial para Génova: BACI [764]; U. FORMENTINI, *Storia di Genova*, t. II: *Nel basso Impero e nell'alto medioevo*, Milán, 1941; J. HEERS, Urbanisme et structures sociales à Genes au Moyen Age, en *Studi in onore A. Fanfani*, Milán, 1962, I, pp. 369-412; RENOARD [778], pp. 170, 230.
28. P. VACCARI, Classi e movimenti di classi in Pavia nell'XI secolo, en *Bollet. dell' soc. Pavese di stor. patr.*, I, 1946, pp. 29-41, y [781].
29. R. DAVIDSON, *Storia di Firenze*, Milán, 1956-1960 (trad. de *Geschichte von Florenz*); DOREN, *op. cit.*, n. 24; RENOARD [778], pp. 271-278.
30. Bien conocida hipertrofia de la bibliografía veneciana: BRAUNSTEIN, *op. cit.*, n. 20; R. CESSI, *La repubblica di Venezia e il problema adriatico*, Padua, 1943; H. KRAETSCHMAYER, *Geschichte von Venedig*, Allen, 1964, 2.ª ed.; G. LUZZATTO, *Studi di storia economica veneziana*, Padua, 1954, y *Storia economica di Venezia*, Venecia, 1961; W. H. MAC NEILL, *Venezia, the hinge of Europe, 1081-1797*, Chicago, 1974; RENOARD [778], pp. 98-106; C. VIOLANTE, Venezia fra papato e il impero nel secolo XI, en *Venezia del mille*, Florencia, 1965, pp. 45-84.
31. DUBY [746]; FÉVRIER [748]; POLY [82], pp. 5-12.
32. DUBY [746]; DUPONT [747].
33. F. BENOIT, P.-A. FÉVRIER y otros, *Villes épiscopales de Provence: Aix, Arles, Fréjus, Marseille et Riez de l'époque gallo-romaine au Moyen Age*, Aix, 1954; DUBY [746]; DUPONT [747]; FÉVRIER [748]; J. HUBERT, La renaissance carolingienne et la topographie religieuse des cités épiscopales, en *Settimane del Centro... di studi, Spoleto, VI, 1959*, Spoleto, 1960; POLY [82], pp. 252, 269.
34. DUBY [746]; HEERS [233], pp. 185, 202; POLY [82], pp. 286, 295.
35. A. BABEL, *Histoire économique de Genève des origines au début du XVI.º siècle*, Ginebra, 1968; BOULET-SAUTEL [739]; H. M. BUTTNER, Frühmittelalterliches Städtewesen in Frankreich im Loire und Rohngebiet, en *RV*, IV, 1955-1956, pp. 169-189, y [741]; CHÉDEVILLE [71], p. 411; J. DENIAU, *Histoire de Lyon et des Lyonnais*, París, 1951; R. FRODOU, *Histoire de Lyon*, Toulouse, 1974, pp. 61-109.

36. BOULIER [739]; CHEVALLIER [742]; D. CLAUDE, *Topographie und Verfassung der Städte Bourges und Poitiers bis in das 11. Jahrhundert*, Lübeck, 1960; F. CLAUDON y P. GRAS, *Histoire de Langres et ses institutions municipales jusqu'au commencement du XVI<sup>e</sup> siècle*, Dijon, 1955; C. HICOU-NET, *Bordeaux dans le haut Moyen Âge*, Bordeaux, 1964 (*Histoire de Bordeaux*, t. III).
37. Cf. *supra*: DUBY [746]; GERNER [743].
38. FÉVRIER [748].
39. M. BOULIER-SAUTEL, L'émancipation urbaine dans les villes du centre de la France, en *La Ville (Receuil de la Soc. Jean-Bodin, VI)*, Bruxelles, 1954, pp. 371-404; J. BRELOT, Caractères originaux du mouvement communal dans le comté de Bourgogne, en *Mém. de la Soc. pour l'hist. du droit bourg.*, 1954; BOUSSARD [740]; DUBY [746]; DUPONT [747]; GERNER [743]; POLY [82], pp. 218-221; SAUTEL [754]; SCHNEIDER [734].
40. GOURON [749].
41. R. BUSQUET, *Les origines et le développement des institutions communales à Marseille et en Provence au Moyen Âge*, Marseille, 1949; TIMBAL [755].
42. DUPONT [747]; FÉVRIER [748]; MUNDY [753].
43. LEWIS [751].
44. POLY [82], pp. 321-325.
45. MUNDY [753]; TIMBAL [755]; WOLFF [756].
46. LEWIS [751-752]; L.-J. THOMAS, *Montpellier, ville marchande: histoire économique et sociale*, Montpellier, 1936.
47. M. CASTAING-SICARD, Contrat de travail et louage d'ouvrage dans la vie toulousaine des XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles, en *Rec. d'hist. du droit*, 1958; P. WOLFF, Les bouchers de Toulouse du XII<sup>e</sup> au XIV<sup>e</sup> siècle, en *Annales du Midi*, LXV, 1953, pp. 375-393; y del mismo, Civitas et Burgus, l'exemple de Toulouse, en *Die Stadt in der europäischen Geschichte (Festschrift Eimmen)*, Bonn, 1972, pp. 200-209.
48. Cf. *supra* (t. I).
49. ASHTOR [863]; BONNASSIE [122], p. 488; ESTERADIEZ [757]; GAUTIER-DALCHÉ [503]; GUICHARD [760]; LACARRA [761]; C. VERLINDEN, L'histoire urbaine dans la Péninsule ibérique, en *Rev. belge de philol. et d'hist.*, XV, 1936.
50. H. AMMANN, Vom Städtewesen Spaniens und Westfrankreichs im Mittelalter, en *Studien zu den Anfängen des europäischen Städtewesens*, Lindau, 1958, pp. 105-150; GAUTIER-DALCHÉ [759].
51. J.-M. FONT I RIUS, Un problème de rapports: gouvernements urbains en France et en Catalogne (XII<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècle), en *Annales du Midi*, LXIX, 1957, pp. 293-306, y [758]; GAUTIER-DALCHÉ [759].
52. BONNASSIE [122], pp. 711 y ss., 851.
53. BONNASSIE [122], p. 492; FONT I RIUS [758]; LACARRA [762]; PASTOR [529]; L. G. DE VALDEVELLANO, *Sobre los burgos y los burgueses de la España medieval*, Madrid, 1960.
54. BONNASSIE [122], p. 488; J. KLEIN, *Medieval spanish guilds*, Cambridge (Mass.), 1932; R. S. SMITH, *The spanish guild merchant*, Durham, 1940.
55. PASTOR [445].
56. ROMERO, *op. cit.*, n. 1.
57. GANSHOF [727]; VERCAUTEREN [735].
58. F. L. GANSHOF, L'origine des constitutions urbaines en Flandre, en *Le Moyen Âge*, XXXVI, 1926; F. LOT, L'histoire urbaine du nord de la France de la fin du III<sup>e</sup> siècle à la fin du XI<sup>e</sup>, en *Journal des Savants*, 1935, pp. 77-109; SCHNEIDER [734]; F. VERCAUTEREN, Die europäischen Städten bis zum 11. Jahrhundert, en *Die Stadt Mitteleuropas im 12. und 13. Jahr.*, Linz, 1963, pp. 13-26; y del mismo, La vie urbaine entre Meuse et Loire du VI<sup>e</sup> au XI<sup>e</sup> siècle, en *Settimane del Centro... di studi, Spoleto, VI, 1958*, Spoleto, 1959, pp. 453-484.
59. DESPY [723]; A. O'HAEKENS, *Les invasions scandinaves: une catastrophe?*, Paris, 1970; L. NUSSER, Les invasions scandinaves et l'évolution des villes de l'ouest de la France, en *Rev. d'hist. du droit*, 1965, pp. 320-322.
60. FOSSIER [76], pp. 241 y ss.
61. Cf. *supra*: F. BROCKMANN, De oudste privileges der groote vlaamse steden, en *Nederlandsche Historiebladen*, I, 1938; R. GRASD, La genèse du mouvement communal en France, en *Rev. d'hist. du droit*, 1942, pp. 149-172; E. PERROY, Les origines urbaines en Flandre, d'après un ouvrage récent, en *Revue du Nord*, 1947.
62. BONENFANT [719]; G. ESPRINOS, La vie urbaine à Douai au Moyen Âge, Douai, 1913; E. FEUCHÈRE [726] y Les origines urbaines de Lens en Artois, en *Rev. belge de philol. et d'hist.*, XXX, 1952, pp. 98-103; F. L. GANSHOF, Einwohnerherrschaft und Graf in den flandrischen Städten während des 12. Jahrhunderts, en *Zeitsch. f. Savigny Stift. f. Recht. G.*; G. A., LXXXIV, 1957, pp. 98-118; A. JORIS [728], y del mismo, Les franchises urbaines en pays mosan et la carte d'Huy en 1066, en *Actes du colloque de Spa (Libertés urbaines...)*, 1968, pp. 319-333; G. KOCH DE MEYER, Douai à la fin du XI<sup>e</sup> siècle, en *Revue du Nord*, 1951; M. MARTENS, Les survivances domaniales du castrum carolingien de Bruxelles à la fin du Moyen Âge, en *Le Moyen Âge*, LXIX, 1963, pp. 641-655; M. ROUCHE, Topographie historique de Cambrai durant le haut Moyen Âge (V<sup>e</sup>-XI<sup>e</sup> siècles), en *Revue du Nord*, 1976; VERHULST [736]; A. VERMEERSCH, Les orpida en Brabant, 1123-1135; en *Album E. Louyse*, Bruxelles, 1961, I, pp. 31-46; H. VAN WERVEKE [738].
63. P. BERTIN, *Une commune flamande-orientale: Aire sur la Lys des origines au XVI<sup>e</sup> siècle*, Arras, 1946; FEUCHÈRE, *op. cit.*, n. 62; J. LESTOCQUOY, Les origines de Montreuil-sur-Mer, en *Revue du Nord*, XXX, 1948, pp. 184-203; VERCAUTEREN, *op. cit.*, n. 58.
64. EIMMEN [789]; LESTOCQUOY [730]; E. MOREAU, *Histoire de l'église en Belgique*, Bruxelles, 1945, II, p. 96.
65. J. B. AKERMAN, Het koopmansgilde van Tiel ourstreeks het jaar 1000, en *Revue d'hist. du droit*, 1962, pp. 456-478; AMMANN [717]; G. ESPRINOS, L. FEVRE y LESTOCQUOY, Fils de riches ou nouveaux riches?, en *Annales ESC*, I, 1946, pp. 139-153; E. FEUCHÈRE, *op. cit.*, n. 62; FOSSEIER [76], pp. 231, 295; A. JORIS, À propos de «burguss» à Huy et à Namur, en *Festschrift Eimmen*, 1972, pp. 192-199; F. LEHOUX, *Le burg*

- C. VERLINDEN, Marchands ou usserands? à propos des origines urbaines, en *Annales ESC*, XXVII, 1972, pp. 399-406; WERVEKE, *op. cit.*, n. 65.
74. Una *Histoire de la France urbaine* acaba de aparecer, sin que me haya sido posible tenerla en cuenta para este trabajo.
75. BOSL [785], y del mismo, Staat, Gesellschaft, Wirtschaft im deutschen Mittelalter, en *Gebhardt Handbuch*, t. VII, Bonn, 1975, pp. 189-195; CUVILLIER [92], pp. 192-199, 205; PLANITZ [793], pp. 62-64, y del mismo, Frühgeschichte der deutschen Stadt, en *Zeitsch. f. Pechus G., G. A.*, LXIII, 1943, pp. 1-91; SCHLESINGER [796], y del mismo, Städtischen frühformen zwischen Rhein und Elbe, en *RV*, IV, 1955-1956, pp. 297 y ss., así como también las obras de E. ENNEN citadas *supra*.
76. BERTHOLD, E. ENGEL, A. LAUBE, Die Stellung des Bürgertums in der deutschen Feudalgesellschaft bis zur Mitte des 16. Jahrhundert, en *Zeitsch. f. Geschichte Wissenschaft.*, XXI, 1973, pp. 196-234.
77. KLEBEL [99]; MAYER [278] y *op. cit.*, n. 1; G. PFEIFFER, Die Bedeutung des Einung im Stadt- und Landfrieden, en *Zeitschrift f. Bayerischen Landesgesch.*, XXXII, 1969, pp. 816-875; SCHWINGKOPF [799].
78. G. VON BELOW, *Der deutsche Staat des Mittelalters*, Leipzig, 1925; ENNEN [693] y [790]; F. STEINBACH, Rheinischen Anfänge des deutschen Städtewesens, en *Jahrbücher des Kölner Gesch. Vereins*, XXV, 1950.
79. G. KÖHLER, Zur Entstehung des mittelalterlichen Stadtrechtes, en *Zeitsch. Savigny Stift. f. Rechts G., G. A.*, LXXXVI, 1969, pp. 195-233.
80. J. BARMANN, *Die Stadtgründungen Heinrichs des Löwens und die Stadtverfassung des 12. Jahrhunderts*, Colonia, Graz, 1961; BRÜHL [689].
81. DOLLINGER [788]; MASCHKE [70]; SCHNEIDER [797].
82. ROSLANOWSKI [795]; SCHNEIDER [797]; K. SCHULTZ, *Ministerialität und Bürgertum in Trier Untersuchungen zur rechtlichen und sozialen Gliederung der Trierer Bürgerschaft*, Bonn, 1968.
83. DOLLINGER [788]; K. KROESCHELL, *Wichbild. Untersuchungen zur Struktur und zur Entstehung der mittelalterlichen Städtgemeinde in Westfalen*, Colonia-Graz, 1969; SCHNEIDER [797].
84. R. KOEBNER, *Die Anfänge des Gemeinwesens der Stadt Köln*, Bonn, 1972; STRAIT [800].
85. J. DOLLINGER [788]; STEINBACH, *op. cit.*, n. 78; STRAIT [800].
86. BOSL, *op. cit.*, n. 75; CUVILLIER [92], p. 196; FRÖHLICH [695].
87. H. GERICKE, *Stadtrecht macht frei: neue formen feudaler Produktionsverhältnisse in mittelalterlichen Städten östlich und westlich des Rheins...*, Halle, 1968; H. MITTENS, Über den Rechtsgrund des Satzes: «Stadtluft macht frei», en *Festschrift E. E. Stengel*, Munster, 1952, pp. 182-202, PLANITZ [793]; WERNER [707].
88. CUVILLIER [92], p. 196; HAASE [696]; W. KUCHLER, *Das Bannmeilenrecht. Ein Beitrag des mittelalterlichen Ortsiedlung zur Wirtschaftlichen und rechtlichen Verschränkung von Stadt und Land*, Würzburg, 1964; H. PLANITZ, Kaufmannsgilde und städtische Eigenossenschaft in niederfränkischem Städten im 11. und 12. Jahrhundert, en *Zeitsch. Rechts Gesch. G. A.*, LX, 1940, pp. 1-116; SCHNEIDER [798].
89. SCHLESINGER [796]; SCHNEIDER [797].

de Saint-Germain-des-Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la guerre de Cent ans, Paris, 1951; MARTENS, *op. cit.*, n. 62; ROUCHE, *op. cit.*, n. 62; VERHULST [736]. H. VAN WERVEKE, Les corporations flamandes et l'origine des corporations de métier, en *Revue du Nord*, XXXII, 1950.

66. BONENFANT [719]; S. DECK, Formation des communes en haute Normandie et communes éphémères, en *Annales de Normandie*, X, 1960, pp. 207-228, 317-330; y *Une commune normande au Moyen Age: la ville d'Ér; son histoire et ses institutions (1151-1475)*, Paris, 1924; DERVILLE [722]; GANSHOF [727], pp. 35 y ss.; G. KURTIL, *La cité de Liège au Moyen Age*, Bruselas, 1940; MUSSET [747]; J. TURLAN, *La commune et le corps de ville de Sens (1146-1789)*, Paris, 1942.
67. Arras: J. LESTOCQUOY, Patriciens du Moyen Age: les dynasties bourgeoises d'Arras du XI<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle, en *Mém. de la Com. dép. des Aff. hist. du Pas-de-Calais*, V, 1945; Tonlieu et peuplement urbain à Arras aux XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles, en *Annales ESC*, 1955; La vie sociale et économique à Arras du XII<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle, 1941; todos estos artículos están recogidos en *Études d'histoire urbaine*, Arras, 1966; R. MONIER, L'administration et la condition juridique des habitants de la ville d'Arras au XII<sup>e</sup> siècle, en *Mélanges Paul Fournier*, Paris, 1929; Gante: F. BLOCKMANS, *Het Gentse Stadsprivat recht omstreeks 1302*, Amberes, 1938.
68. G. BOURGAIN, *La commune de Soissons et le groupe communal soissonnais*, Paris, 1907; DECK, *op. cit.*, n. 66; MASSIET [731]; J. SCHNEIDER, Toul dans la seconde moitié du XII<sup>e</sup> siècle, en *Festschrift Ennen*, Bonn, 1972, pp. 187-191.
69. BONENFANT [719]; A. BONENFANT-FEYTMANS, La corporation des orfèvres de Bruxelles au Moyen Age, en *Bull. de la Com. roy. d'Hist. de Belgique*, 1950; J. CUVILLIER, *Les institutions de la ville de Louvain au Moyen Age*, Bruselas, 1935; F. L. GANSHOF, Le droit urbain en Flandre au début de la première phase de son histoire, en *Rev. d'hist. du droit*, 1951, pp. 387-416; P. GOODING, *Le droit foncier à Bruxelles au Moyen Age*, Bruselas, 1960.
70. P. BONENFANT, L'origine des villes brabançonnaises et la route de Bruges à Cologne, en *Rev. belge de philol. et d'hist.*, 1953, pp. 399-448; ENNEN [727]; JORIS [823].
71. DESPY [723]; R. DOELHAERT, Laon, capitale du vin au XII<sup>e</sup> siècle, en *Annales ESC*, V, 1950, pp. 145-160.
72. Cf. *infra*.
73. E. COORNART, Des confréries carolingiennes aux guildes marchandes, en *Mélanges d'hist. soc.*, II, 1942, 5-21, y del mismo, Une question dépassée, l'origine des communautés de métier?, en *Rev. d'hist. du droit*, 1952, pp. 1-10; W. MAGDEFRAU, Städtischen und revolutionäre Kommunalbewegung aus regionaler Sicht, en *Zeitschrift f. Gesch. Wissenschaft*, XIX, 1971, pp. 627-647; J. SCHNEIDER, Note sur l'organisation des métiers à Toul au Moyen Age, en *Mélanges Halphen*, Paris, 1951;



90. H. PLANITZ, *Köln und die nordfranzösischen und belgischen Städte*, Colonia, 1940; H. REINCKE, Köhner, Soesler, Lübecker und Hamburger Rechte in ihren gegenseitigen Beziehungen, en *Hansische Geschichte-schläger*, LXIX, 1950, pp. 14-45.
91. DOLLINGER [787] y [788].
92. CUVILLIER [92], pp. 204-206; PLANITZ [793], p. 79.
93. STEINBACH [705].
94. DOLLINGER [788]; SCHNEIDER [797].
95. Numerosos planos en el *Atlas Westermann für Weltgeschichte*, Berlin, 1956); ideas generales sobre las estructuras internas en H. STROO, *Le château fort et la ville à la fin du Moyen Age allemand*, en *Châteaux et peuplement*, Auch, 1980, pp. 109-130. Algunos ejemplos: H. AMMANN, *Die Stadt Baden in der mittelalterlichen Wirtschaft*, Aarau, 1952; 3.<sup>a</sup> ed.; ENNEN [789] (Rin); O. FEGER, *Das Stadtwesen Süddeutschlands vorwiegend im 12. und 13. Jahrhundert*, en *Die Städte Mitteleuropas im 12. und 13. Jahrhundert*, Linz, 1963, pp. 41-54; R. FELLER, *Geschichte Berns*, Berna, 1963, t. 1; K. GUTKAS, *Die Entwicklung des österreichischen Stadtwesens im 12. und 13. Jahrhundert*, *ibid.*, pp. 77-92; C. HAASE, *Die Entstehung der westfälischen Städte*, Münster, 1960; KLOCKOW, *Stadt Lippe-Lippstadt, aus der Geschichte einer Bürgerschaft*, Lippstadt, 1964; J. SYDOW, *Anfänge des Süddeutschens in Bayern und Österreich*, en *Die Städte Mitteleuropas...*, pp. 55-76; C. VOLLNER, *Die Stadtenstehung am unteren Niederrhein*, Bonn, 1952; W. ZORN, *Augsburg. Geschichte einer deutschen Stadt*, Augsburg, 1956.
96. DOLLINGER [834], pp. 34-46; F. RÖHRIG, *Magdeburgs Entstehung und die ältere Handelsgeschichte. Wirtschaftskräfte im Mittelalters*, Weimar, 1959.
97. Cf. n. 81 y 90, y BOSL [786].
98. DOLLINGER [834], pp. 34-46.
99. Cf. *supra* [739] y [746]; y FRITZ [791].
100. DOLLINGER [834]; C. LEPS, *Das Zunftwesens der Stadt Rostock bis um die Mitte des 14. Jahrhunderts*, en *Hansische Geschichtsbücher*, LVIII, LIX, 1933-1934, pp. 122-156, 177-242; L. MUSSET, *Les villes du Danemark: origine et évolution*, en *Annales de Géographie*, LVII, 1948; B. SHERP, *Anfänge und Formen bürgerlicher Institutionen norddeutschen Hansestädte im Mittelalter*, en *Zeitsch. Savigny Stift. f. Recht G. A.*, LXXVIII, 1961, pp. 473-565.
101. JANKUN [782]; S. LEWIS, *De la protohistoire au Haut Moyen Age: le paysage des terpen, le long des côtes de la mer du Nord, spécialement dans l'ancienne Frise*, en *Rev. du Nord*, LXII, 1980, pp. 125-151.
102. BIDDLE [710]; M. GELLING, W. NICOLAISEN y W. RICHARDS, *The names of towns and cities in Britain*, Londres, 1970; REYNOLDS [714].
103. D. J. V. FISHER, *Economic institutions in the towns of medieval England*, en *La Ville (Rec. Soc. Jean-Bodin, VII)*, Bruselas, 1955, pp. 531-550; FOREVILLE [933]; LOYN [938].
104. M. BEKESFORD, *New Towns in the middle ages: town plantation in England, Wales and Gascony*, Londres, 1967; M. D. LOBEL, *The borough of Bury St. Edmund: a study in the government and development of a monastic town*, Oxford, 1935; STEPHENSON [715]; J. TAIT, *The medieval english borough: study on its origins and constitutional history*, Manchester, 1936.
105. FISHER, *op. cit.*, n. 103; THURPE [855], y del mismo, *Medieval guilds reconsidered*, en *Journal of econom. history*, II, 1942, pp. 164-173.
106. P. FRASCARTEL, *Les origines des villes polonaises*, Paris-La Haya, 1960; GIEVSTOK [802]; GRAUS [804]; L. LICZEWICZ, *Die Anfänge und die älteste Entwicklung der westpommerschen Ostseestädte*, en *Archaeologia Polonia*, III, 1960, pp. 120-138.
107. GIEVSTOK [801], y del mismo, *Villes et campagnes dans le Moyen Age slave*, en *Le Féodalisme* (Recherches intern., Nouvelle Critique, núm. 37), Paris, 1963, pp. 173-190.
108. GIEVSTOK, *op. cit.*, n. 107; *Villes...*; HENSEL [805].
109. J. HERMANN, *Einige Fragen der slawischen Burgenentwicklung zwischen mittel Elbe und Oder*, en *Slavia Antiqua*, X, 1963, pp. 185-206; A. RUTKOWSKA-PLACIŃSKA, *Zur Frage der Stadtgemeinde in Polen zu Beginn des 13. Jahrhunderts*, Varsovia, 1970.
110. WESTERBMAN, *Atlas f. Weltgesch.*, Berlin, 1956, pp. 78-79.
111. BONNASSIE [122], p. 850; CHÉDEVILLE [71], pp. 418-419; HENSEL [805].
112. BOYER [817]; ENNEN [725].
113. N. DAVEY, *A history of building material*, Londres, 1961; P. DEFON-TAINES, *L'homme et sa maison*, Paris, 1972.
114. BULLOUGH [690].
115. DUBY [22], p. 272.
116. Por ejemplo, KOCH, n. 62; LESTOQUOY [730].
117. MOR [777], y del mismo, *op. cit.*, n. 16.
118. E. FIJONI, *Sui rapporti economici tra città e contado nell'età comunale*, en *Archivio stor. ital.*, CXIV, 1956, pp. 18-68.
119. DUPONT [835].
120. BONNASSIE [122], p. 857; DEKVILLE [722].
121. CUVILLIER [92], p. 198.